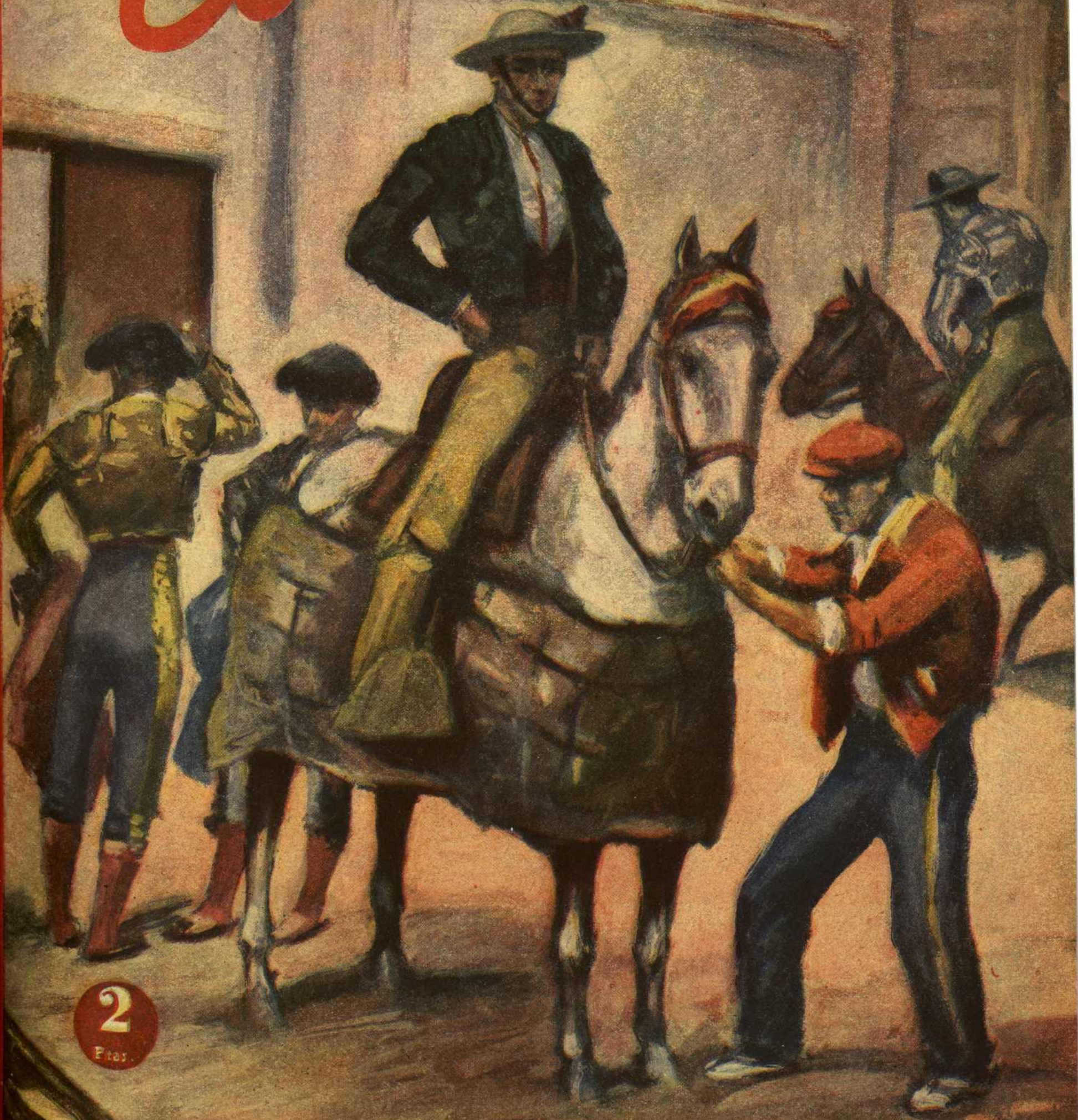


El Ruedo



2
Etas.

COMUNICACIONES MANANAL DE MARCA



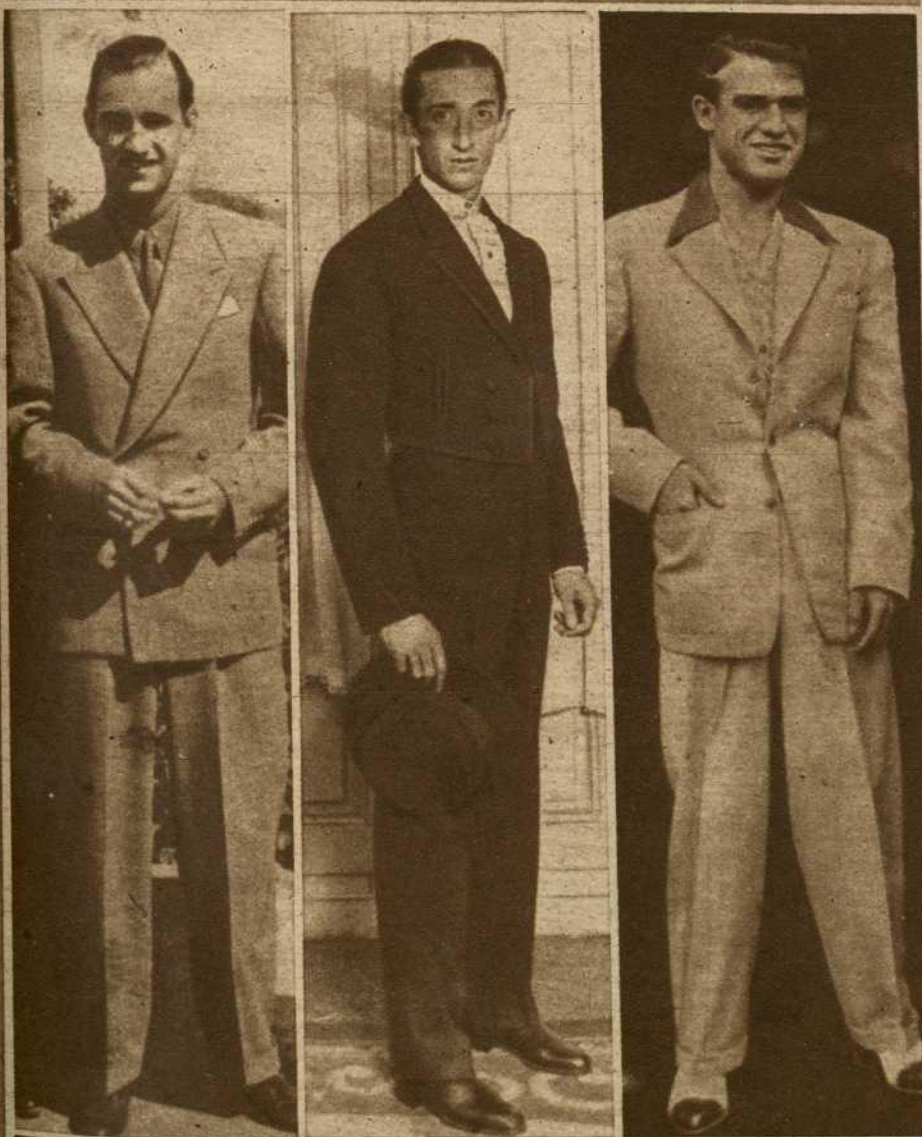
Caída y muerte del Cartuiano



El Ruedo

Suplemento taurino de MARCA
FUNDADO POR MANUEL FERNANDEZ CUESTA

Año III → Madrid, 14 de febrero de 1946 → Núm. 86



Arruza, Manolete y Procuna: Los dos últimos forman la pareja en la que se centra la curiosidad taurina mejicana. Como Arruza no ha ido aún por su patria, no podemos contrastar valores. Pronto vendrá Procuna a España, y entonces, cuando los tres actúen ante la afición española, podremos concretar

PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON



NO crea usted, señor, que es un simple afán polémico el que me induce a coger la pluma para comentar, en discrepancia, su «Pregon de toros» publicado ayer en EL RUEDO. No crea tampoco que lo hago para defender mi interés o mi prestigio de ganadero. Lo hago tan sólo por estimar que el tema de su «pregon» merece ser tratado con cariño, aunque la solución no la vea, en modo alguno, en el argumento de su comunicante, cuya competencia reconozco.

Es necesario, sin duda, que se celebren novilladas. Cierto que en ellas se estrellan centenares de ilusos; pero se revelan y se hacen los que están capacitados para sostener, al menos durante unas cuantas temporadas, el prestigio de las corridas de toros, y surgen, cada veinte o veinticinco años, los toreros de época, que no voy a nombrarle, porque quiero, sin más divagaciones, ir al grano que puede interesar a usted, a su comunicante y a sus lectores, y que a mí, desde luego, como ganadero, me interesa.

Los toros que se lidian hoy son, en general, productos de una escrupulosa selección. Podrán estar en ocasiones —no tantas como se dicen— faltos de peso, debido más a desgraciadas circunstancias que a la avaricia que con excesiva frecuencia se nos achaca; podrán no tener, las más de las veces, esto sí, los cinco años, porque la demanda supera las posibilidades ganaderas, aunque tampoco sean utrerros, como se afirma a diario; pero lo que nadie debe dudar es que los toros que se corren están limpios —salvo raras excepciones— de esos defectos característicos de los novillos —mogones, bizcos, tuertos, etc.—. Los tan censurados productos que se ven en las corridas de toros, para toros están seleccionados, y yo le aseguro que con más pienso y un año más, estarían muy por encima de los tan añorados de otras épocas.

Pero a las alturas de esta ya larga carta, estará usted pensando, con razón, que cuál es mi solución a la crisis novilleril, y voy a decírsela rápida y tajantemente: que se supriman los festivales. En estos espectáculos, que se prodigan con alarmante exceso, se consume la mayor parte de las reses aptas para novilladas *desechas de tiente y cerrado y defectuosas.*

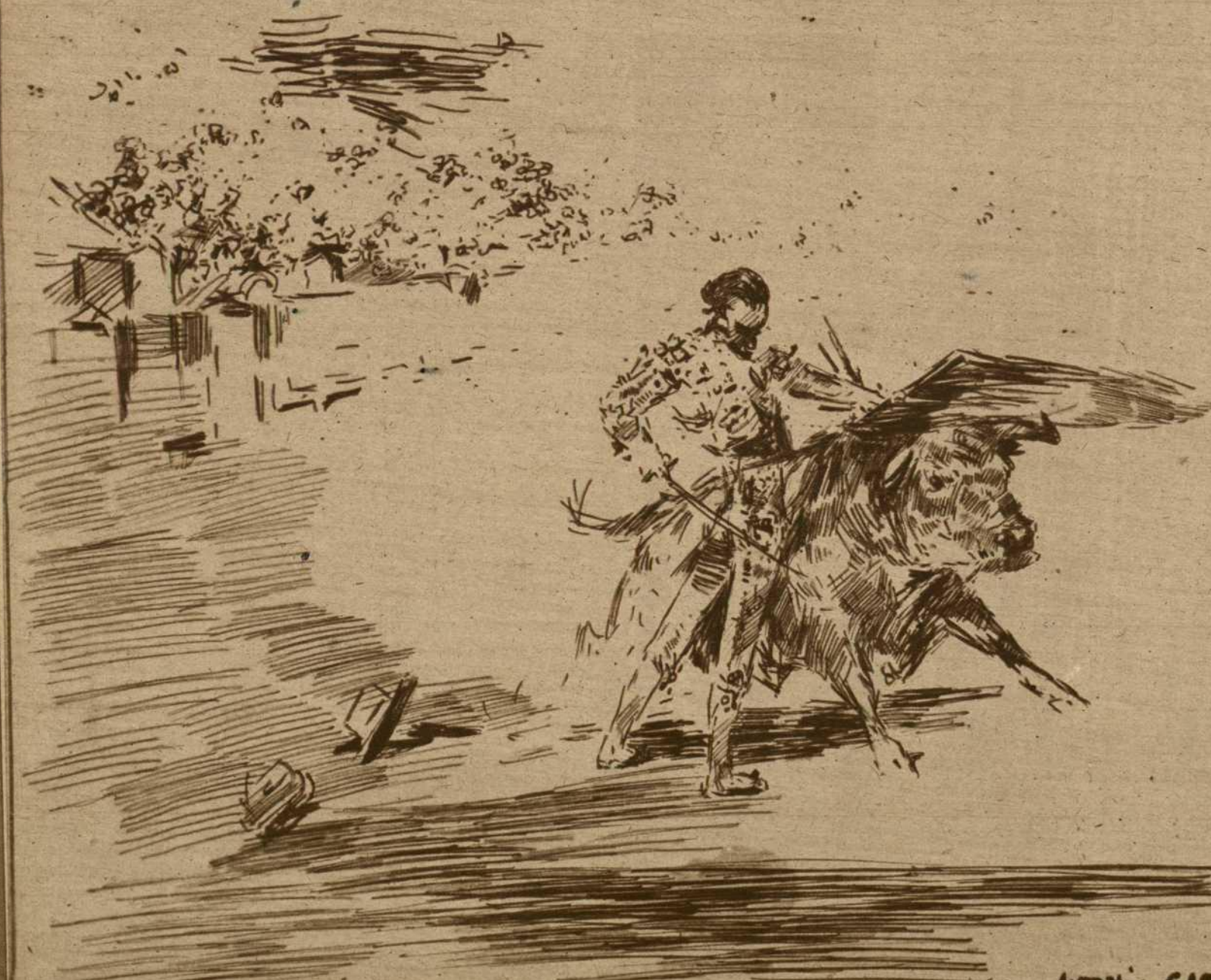
Tales son las manifestaciones que nos ha hecho un acreditado ganadero, al que hemos cedido esta tribuna gustosamente, pero no sin que pongamos a su argumentación la siguiente apostilla:

Habría mucho que hablar sobre lo que usted escribe, que transcribimos, pero que no suscribimos, porque sería tanto como aceptar que sólo la selección escrupulosa del producto es suficiente para hacerle pasar por toro, aunque le falte un año de vivir y de comer, ganando genio y kilos, a costa del ganadero.

¡Y eso, no!

AYER Y HOY EL PASE DE PECHO

Por Antonio Casero



ANTONIO CASERO

A don ALVARO DOMECCQ

EL que firma tiene la satisfacción de concederse vacaciones, probablemente definitivas, en la tarea que tomó entre manos el mes de noviembre. Una tarea muy jereñiaca, muy de prédica en desierto, en la que no se va a dramatizar diciendo que se ha dejado en ella pedazos de vida, ni siquiera de ilusiones, porque bien escaso fué el bagaje de ellas con que uno se embarcó en el cruce de la invernada. La única satisfacción, tampoco muy consoladora, va a ser concedida en pleno curso de la temporada, en cualquiera de esos festejos tormentosos en que se quiebra la cuerda. Uno pensará entonces, cuando los males del torillo y del montón de billetes se hagan por un momento tangibles y visibles a toda una Plaza, que esto ya se previó, y que de ese tronco se tallaron unos cuantos artículos, promovidos por el deber de no ocultar lo que se piensa. Así que, por ahora, basta de ello. Una serie de personalidades taurinas, o del mundo taurino, han dicho que es imposible el abaratamiento, y también que los toros seguirán siendo tan poco toros. Uno cree que tienen razón, que hay imposibilidad, siempre que el supuesto de unas ganancias immoderadas haya de respetarse. Uno ya ha dicho los peligros que, a mi modesto juicio, van a seguirse de esos encastillamientos. Y nada más. «Paulo majora canamus», o sea que tratemos asuntos más elevados. Con la cita latina y la seguridad de que la inmensa mayoría de los que viven del toro no la iban a entender si no se tradujese a renglón seguido, la vanidad, la pedantería y la insolidaridad propias quedan satisfechas.

...

Más elevado, elevadísimo, a astronómica altura sobre el barro pecador, que no ha habido más remedio que remover estas pasadas semanas, está el caballero don Alvaro Domeccq.

Al mentar su nombre y respirar el aire puro de su altura, noto que la misma pluma se mueve a gusto. Y es que también ella merece una cura de altitud, por los malos sitios en que ha andado la pobre, y tiene que convaler por prescripción facultativa casi.

Hace aún muy pocos días, tuve el honor de asistir al homenaje tributado en Madrid a este caballero jerezano y el propósito de dedicar estas columnas a la tremenda alabanza que merece. Allí, en la ocasión memorable de su homenaje, cantaron en su honor las mejores palabras de las mejores personalidades de las letras y de las artes. Ahora, es preciso

que el homenaje de un crítico taurino le llegue desde su puesto. El homenaje tributado como consecuencia de haber decorado su pecho con una condecoración preciada, ganada a pulso firme de jinete, es un homenaje español a un gran español.

Este es, o aspira a ser, el dedicado desde el rincón de una crítica taurina que se siente en deuda con él, y que no sabe si, aun a pesar de volcar toda su voluntad en el trance, podrá saldarla.

Me siento en deuda con don Alvaro Domeccq.

Le he visto actuar en bastantes ocasiones y le he admirado en todas. Algunas de esas actuaciones han sido vistas con la pluma en la mano, es decir, bajo el deber de su crítica posterior. Siempre me he dado cuenta, y a veces lo he buscado voluntariamente, de que la suya, la mejor, la más limpia actitud de la tarde, ha quedado en un lugar especial. Siempre se ha salido uno con el efugio de que don Alvaro trabajó con la maestría de costumbre, que es decir poca cosa a fuerza de tópico, o eludir la cuestión concreta. Ahora quiero decir, sin perjuicio de volver a las mismas andadas en cualquier ocasión posterior, lo que le diría a él, en persona o en el brindis de un homenaje, no ya español, sino reducidamente taurino, estrictamente taurino, que ése no se ha hecho y está faltando, y en el que ya me figuraría tener voz y voto, así como en el español sólo el aplauso me corresponde.

Le diría que si hubiese de entrar él, con su dimensión, en una crónica taurina, no hablaría sino de don Alvaro Domeccq, y de los de luces diría que habían trabajado como de costumbre en la línea final. Yo sé que al estupendo jinete y caballero, por esto último



sobre todo, no había de gustarle, y que el homenaje consiste en dejarlo aparte.

A mí me preocupa —ya lo he dicho alguna vez— el juicio que la historia taurina reservará para la época presente. Mi preocupación está teñida de pesimismo, y quiero asegurarla pensando en que, junto a tanta cosa que entrará con mala nota, también se dirá que toreaba en las Plazas don Alvaro Domeccq. Bajo la sombra de ese jinete sobre su montura campera se cobijarán muchas cosas para quedar incólumes. Más que la pura maestría de su monta, más que la españolidad de su gesto, actualizando al caballero, quedará en la historia taurina el contraste cósmico de su personalidad con la actualidad corriente. Que el dinero amenaza ahogar la fiesta.

Ahí está don Alvaro, toreando, no desinteresadamente, que sería puro deporte de «gentleman», sino interesadamente, a favor de una magnífica obra de caridad, que es mayor actitud de caballero. ¡En esta época!

Con toda mi admiración, mi homenaje, hoy descubierto, seguirá consistiendo en dejarlo aparte.

Con el peligro de la irreverencia, pienso en que quizá un cronista de sociedad de Caná, si se daba cuenta de lo que allí se contenía, debería mentar a Jesús de Nazaret en lugar aparte, casi sin hablar de él en su crónica de salones, porque en ello estaba la mejor adoración.

Admirado don Alvaro: Uno es cronista de la sociedad taurina.

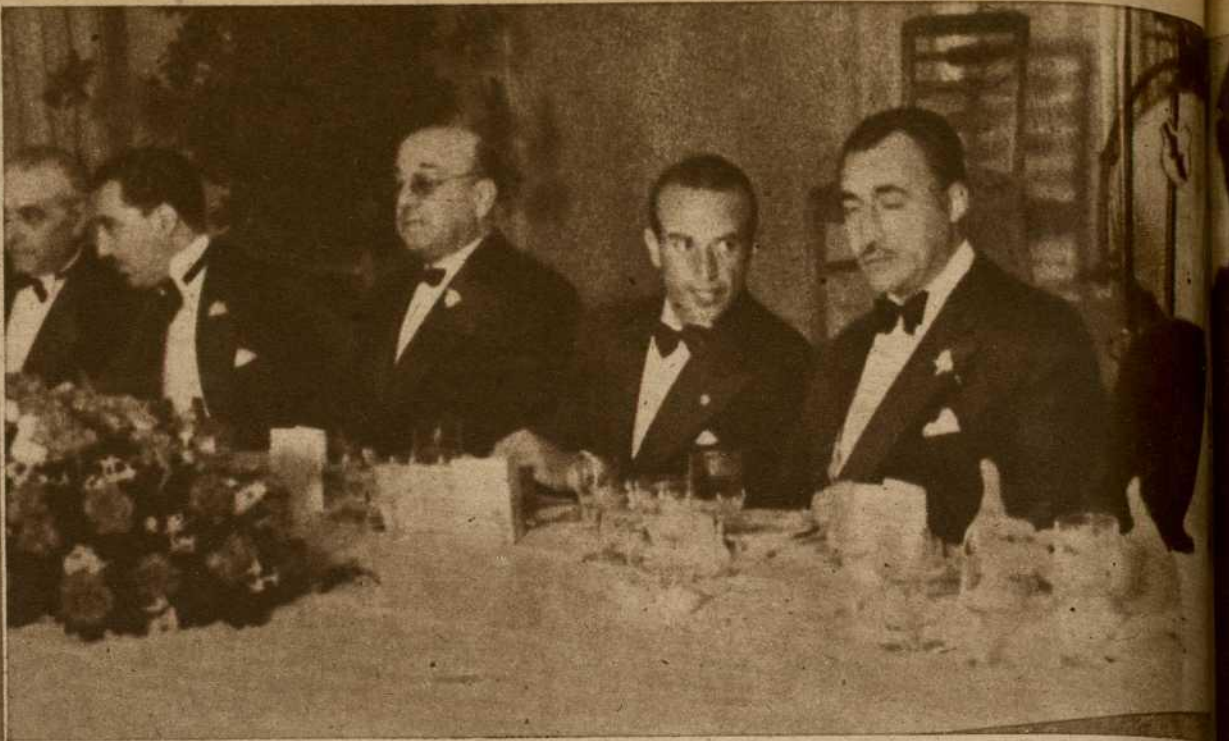
De sobremesa de la comida de su homenaje, oí hablar a varios taurinos. Ganaderos, toreros, aficionados. Todos decían cosas con mucha gracia, ¡mucha!, de la fiesta y del momento. Pero quedé más firme que nunca en seguir diciendo que «don Alvaro Domeccq trabajó con la maestría de siempre», u otro camelo análogo. Ya sabe usted por qué, y creo que nos entendemos, aunque usted es tan buen caballero que, a lo mejor, no lo siente o lo disimula. Eso me hace admirarle más.



A ALVARO DOMEQ

¡Qué porte! ¡Qué señorío!
 ¡Qué fuerte mano en la brida!
 ¡Qué corveta a la salida!
 ¡Qué aplauso en el graderío!
 La espuela acelera el brío
 de un bridón de pelo bayo...
 El embroque, de soslayo.
 Alvaro centra la Plaza.
 Con el aire de su raza,
 toda España está a caballo.

ADRIANO DEL VALLE

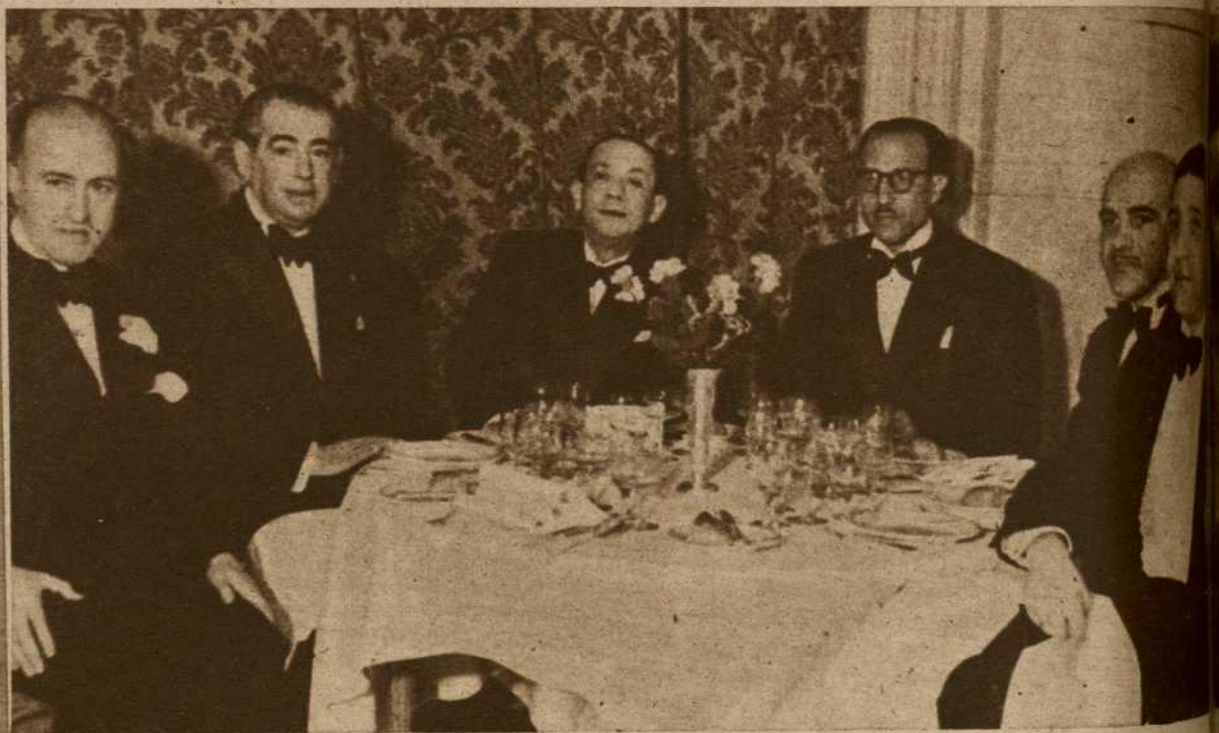


La presidencia del acto. De izquierda a derecha: José María Pemán, José María Alfaro, el general Mosca, Alvaro Domecq, Miguel Primo de Rivera y el marqués de la Valdavia

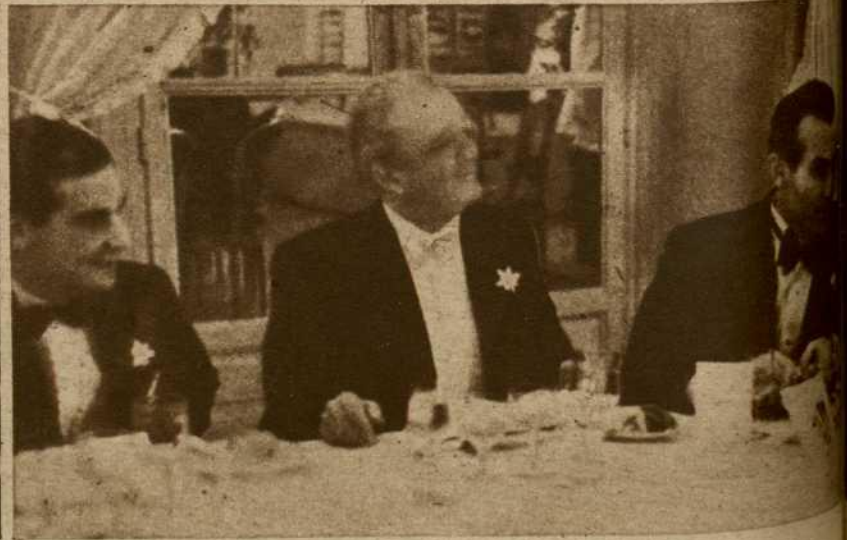
EL HOMENAJE A A

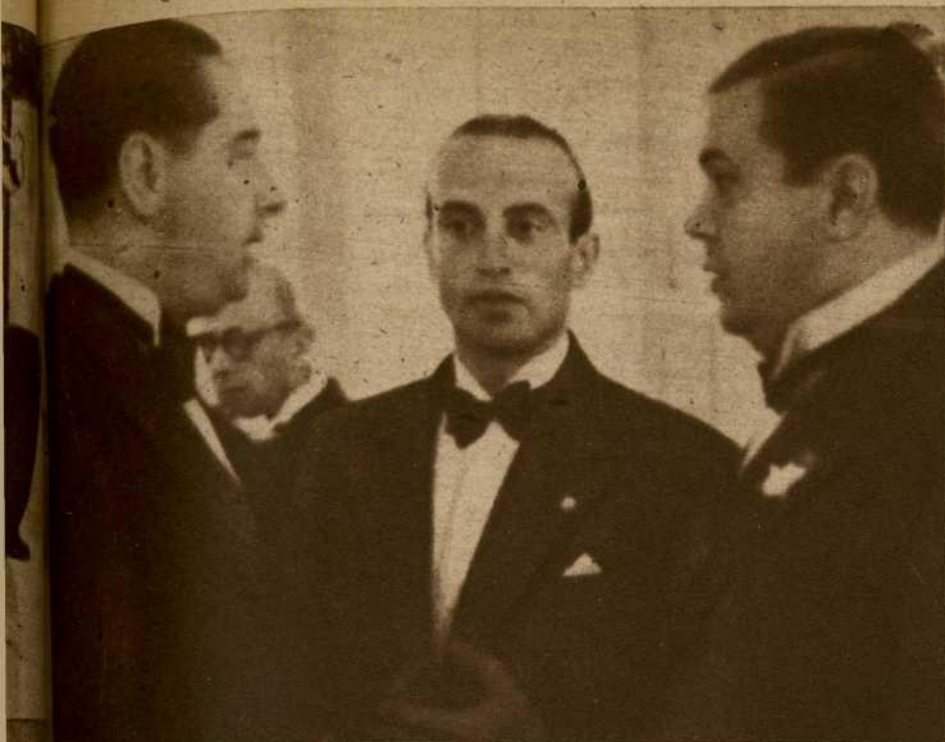


Valeriano León dijo unas palabras a la terminación del banquete. En la foto, el gracioso actor durante su discurso. — Abajo: Grupo de concurrentes al acto

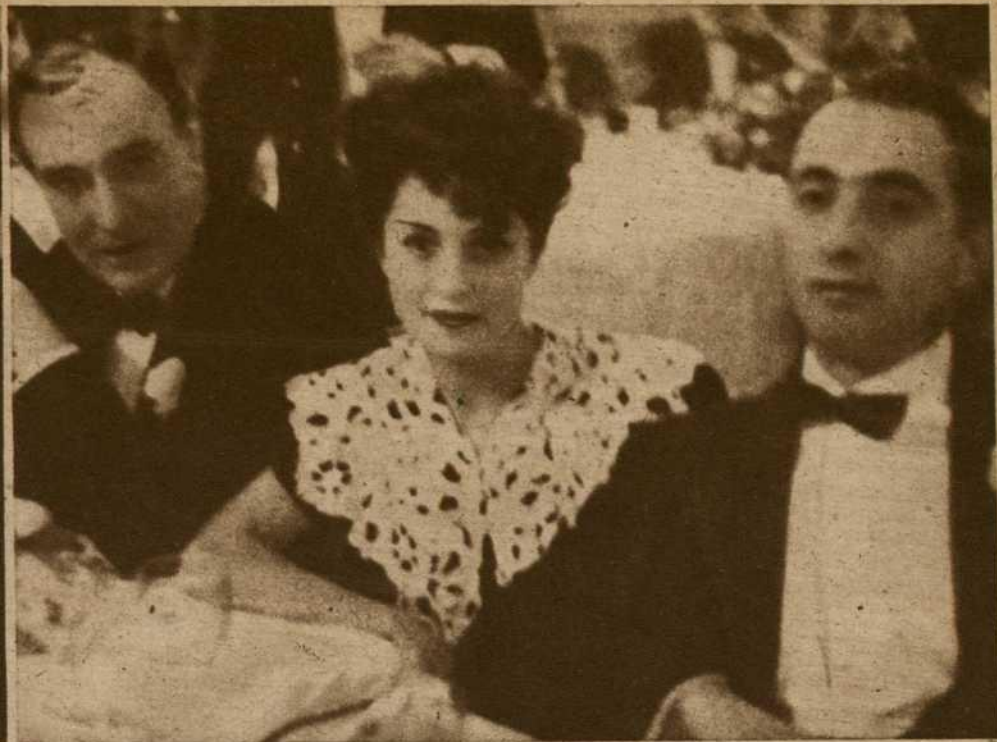


El señor Ortiz, nuestro Director, señor Casanova; Valeriano León, Gines Caballero, Gines Alvareda y Muñoz Lorente, durante el homenaje a Alvaro Domecq. — Abajo: Antonio Bienvenida, Felipe Sassone y Domingo Ortiz





Alvaro Domecq conversa con Sancho Dávila y su secretario Alfonso Martínez, en uno de los momentos del acto verificado en honor del primero



Florián Rey, con una bella señorita y el hermano de Victoriano La Serna, que asistieron al acto que se le ofreció en el Hotel Ritz al rejoneador jerezano

ALVARO DOMEQ



La señora de Fuertes, la señora de Sancho Dávila, la señora de Castro y Mari Cruz Alcaraz, asistentes al banquete en honor de Domecq. — Abajo: Un grupo de taurinos: Eduardo Liceaga, Victoriano de la Serna, Pepe Bienvenida y Carlos Gómez de Velasco (Fots. Manzano y Mari)



LO QUE FUE EL ACTO

EN la noche del miércoles, día 6, se celebró el homenaje al popular rejoneador don Alvaro Domecq, con motivo de haberle sido concedida por el Jefe del Estado la gran cruz de Beneficencia.

Pocas veces, como en ésta, coincidieron la admiración por el artista y la simpatía por la obra generosa que realiza en favor de unos niños jerezanos, y el acto tuvo la efusión con que cerca de tres centenares de amigos y admiradores quisieron demostrar al que dió nuevo aire y nuevo brío al arte de rejonear.

A la comida asistieron ilustres personalidades de las letras, de la política y del arte, y al final nuestro camarada Julio Fuertes leyó numerosas adhesiones, entre las que figuraban las de los ministros de Educación Nacional y Justicia y la del Padre Torres. Después, hicieron uso de la palabra José María del Rey Caballero, Rafael Duyos, que recitó un romance ya conocido de los lectores de EL RUEDO; Adriano del Valle, que leyó la composición que publicamos en esta misma página; José María Alfaro, autor de otra inspirada poesía, y Felipe Sassone.

Hubo una intervención felicísima del ilustre actor Valeriano León, y al final, José María Pemán ofreció el homenaje en bellas frases, cantando el arte de Alvaro Domecq con el lirismo exquisito que es su gala, y que mereció los aplausos fervorosos de la concurrencia.

Fiesta lucidísima y homenaje merecido.

**U N O S
D I A S E N
E S P A Ñ A**

Un capotillo de paseo para RANDOLPH CHURCHILL



EN estos días, la rubia figura de Randolph Churchill, envuelta en una capa madrileña, se ha paseado por la calle de Alcalá. Ha sido nuestro huésped —un huésped cómodo, porque él quiso en seguida fundirse y confundirse en nuestro ambiente— y en su estancia en Madrid ha sabido envolverse no sólo en la gracia de nuestra prenda por antonomasia —la capa—, sino en el aire alegre y popular de nuestra capital, que, en fin de cuentas, vale tanto como sus monumentos.

En este deambular buscando el tipismo y lo popular, llegó al museo de bebidas que Perico Chicote ha levantado en su local. Un museo que aun no tiene historia, porque es de hoy, aunque los caldos tengan más, muchos más años que el dueño. Allí se le iba a hacer entrega de un pequeño capote de paseo, primorosamente bordado.

Y de este pequeño y grande acontecimiento es la fotografía que ilustra esta página. Pequeño, por su intimidad, y grande, porque en él se hacía donación a nuestro ilustre huésped, de una parte —la más graciosa— de nuestra alma: nuestros vinos y el pequeño capotillo, símbolo de la Fiesta de toros.

Están con él mister Foster —ilustre periodista norteamericano—, José María Alfaro, Illana y Perico Chicote.

Mister Churchill levanta su vaso con garbo de buen bebedor, y sus ojos sonríen gozosos del momento que viven y deseosos de grabarlo en su retina, para después, en los días brumosos de su Londres, poder revivir el recuerdo.

Que, por otra parte, no es difícil, si ya tiene un capotillo de paseo bordado. Únicamente —este es nuestro consejo—, necesita tener a mano el limpio oro de una caña de manzanilla sanluqueña.

UN GITANO EN BUENOS AIRES

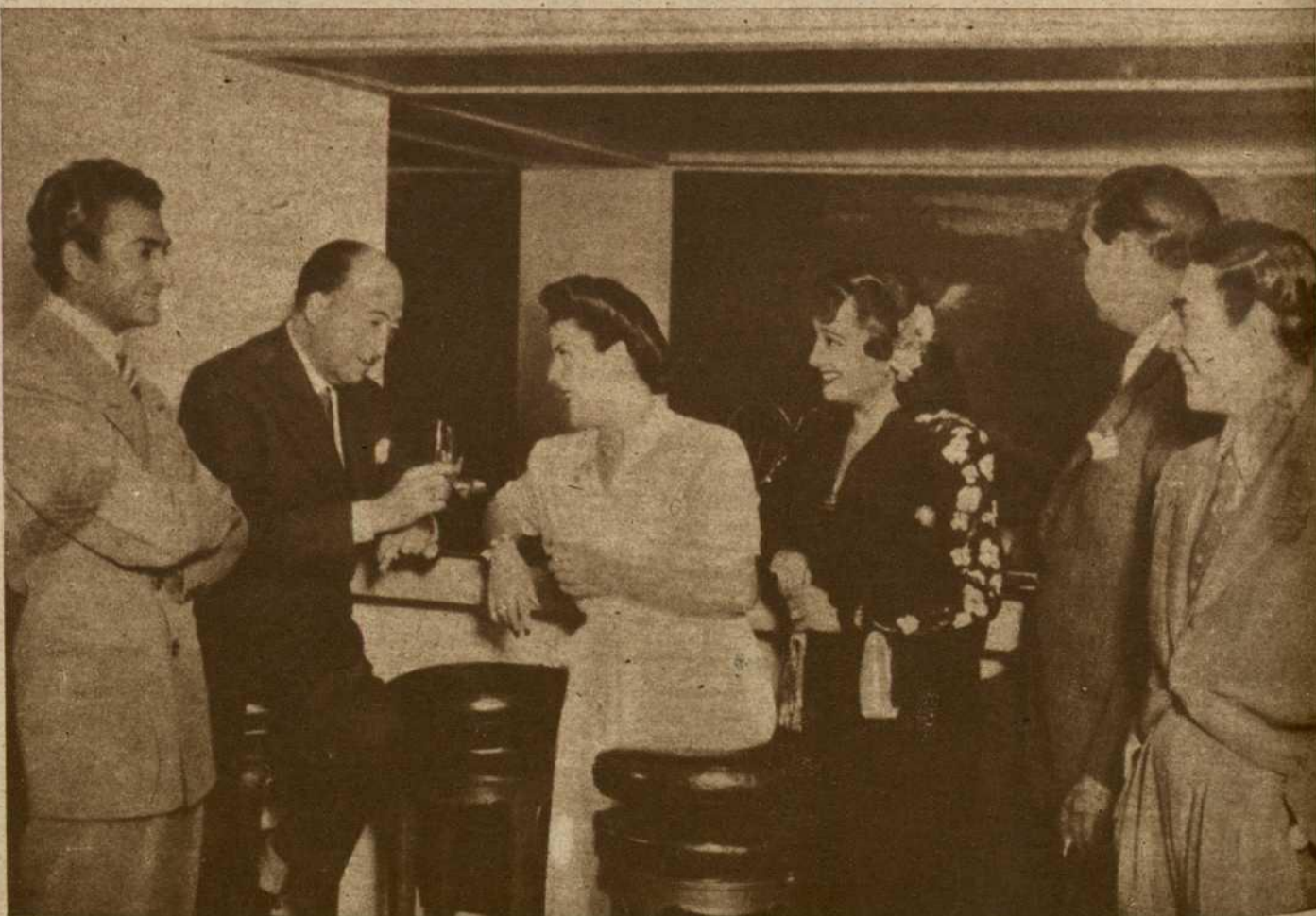
RAFAEL ALBAICIN y sus conferencias en Radio Belgrano

EN estas páginas dimos al gitano nuestra cordial despedida el día que marchaba para cruzar el charco. Hoy nos llega su efigie, ya en la capital rioplatense.

Está Rafael en los salones de Radio Belgrano, adonde fué a dar una serie de conferencias. Con él, Manuel Góngora, fino poeta y corresponsal de "A B C" en aquella capital; la gentil estrella cinematográfica Imperio Argentina; Jacinto Miguelarena, el humorista metido a periodista; Muguet, grácil bailaora, que acompaña en sus bailes al hermano del espada calé, Miguel Albaicín, también presente en este grupo.

Una reunión que se convoca alrededor de la atrayente estampa del torero que va a hablar de la Fiesta española. Alrededor de su aire de violinista de una orquesta de tziganes, que fuera a encantar con la melodía que escapa de la caja de su instrumento a los radioescuchas de Buenos Aires. Pero ellos están allí a sentir de cerca a la Patria lejana, a recoger el sabor que aun lleva Albaicín de las costas españolas.

Y él, a través del micrófono, va a inundar de España el aire caliente del verano porteño, porque va a hablar de una de las cosas más representativas de nuestra Patria: de toros.



EL TEMA DE TODOS LOS AÑOS

MARCIAL LALANDA, representante de la Plaza de El Toreo, desmiente que exista pleito sobre los toreros mejicanos que se encuentran en España

POR las Peñas taurinas corría insistentemente el rumor.

«Hay pleito con los novilleros mejicanos...» Y se le achacaba a Marcial la responsabilidad del conflicto que se planteaba, por exigir que se cumplieren los acuerdos, rectificandos y firmados el año pasado, sobre contratos mínimos, para el intercambio de novilleros y matadores.

Una charla con Marcial sobre este punto aclara todo. Ni hay pleito ni deseo de obstrucción en las relaciones taurinas sobre España y Méjico.



—¿Qué hay, Marcial, de ese pleito anunciado?

—En realidad —anticipó Lalanda—, no existe. Me sorprende que hablen de ello, cuando nada ha motivado el comentario del momento. Y respecto a nuestros novilleros, debo decir que han interrumpido su actuación en Méjico por obligatoriedad de la temporada de toros. Allí se separan las novilladas de las corridas, que se celebran de noviembre a marzo. Y concluida la campaña de toros, comienza en mayo la de novillos... hasta octubre. No hubo nada de incumplimiento. Se trata de cumplir con las cláusulas del acuerdo. Lo mismo allí que aquí.

—Esto, ¿no perjudica a los que se encuentran hoy en España?

—Si presentan los contratos que precisan, no tienen nada que temer. Pero si a los nuestros les exigen, con muy buen acuerdo, llevar determinado número de corridas, nosotros debemos hacer lo propio.

Como verá usted, no existe pleito. Está clarísimo, y no se puede dar una torcida interpretación a las cosas.

—¿Y en caso de no contar con esos contratos?

—Al permanecer en España, no ignoraban las cláusulas establecidas con anterioridad. Seis corridas para los que pasaron el invierno en cualquiera de los dos países, y un mínimo de tres para los que embarcaran.

Las palabras de Marcial aclaran definitivamente las dudas que pudieran existir en cuanto a las actuaciones de mejicanos y españoles.

—No hay pleito ni lo habrá. Porque ellos están interesados por nuestras figuras, y para nosotros es un aliciente la actuación de los toreros extranjeros.

Con esto, el diestro madrileño terminó de enjuiciar la situación en que se encuentra el «llamado» pleito, que ni llegó a existir.

—Lo de todos los años, en invierno.

Y sonreía Marcial.

MUCHA PRISA POR HACERSE RICOS

Aclarado el problema planteado en las tertulias taurinas, abordamos a Marcial sobre otros puntos de la fiesta. Que, comentados por el ex diestro madrileño, pueden dar una pauta.

El conoce a fondo todos los problemas. Pero hoy tenemos el de la carestía de las localidades, supresión de festejos por falta de ganado, y un alejamiento de lo que antes era afición y hoy se nos presenta como espectáculo.

—¿Qué juicio le merece el momento actual?

—Para mí es catastrófico. Se va a matar la fiesta. Lo que en sí tenía de tradición, sin miras egoístas en ninguno de los que la integraban, hoy degenera en ambiciones económicas. Existe mucha prisa por hacerse ricos.

—¿A qué lo atribuye principalmente?

—A esas Plazas monumentales. El excesivo aforo ha perjudicado. Y vivimos la fiesta como espectáculo, sin que a nadie le importe mantener la afición. Había un concepto distinto. Empresarios, aficionados, toreros, ganaderos. Hoy somos todos modernos.

Marcial combate todo lo actual. No porque sea mejor ni peor que el pasado. Pero, amante de nuestro arte, prevé un final funesto si no se ataja a tiempo el mal que padece.

—¿Cómo espera sea la próxima temporada?

—De menos corridas. Habrá más parados, porque la anterior —de gran quebranto económico para las Empresas— ejercerá influencia en la futura. Menos toros, pocos novillos y mucho dinero el que exigen todos los que toman parte.

—¿Falta entonces el torero con afición?

—Estimo que sí. Y el público tiene su parte de culpa, asistiendo cada vez en mayores proporciones. Sin embargo, observo ya un retraimiento y han sido muy pocas las Plazas en que el año pasado agotaran el papel.

SER GANADERO REQUIERE MUCHO DINERO... y DESINTERES

—Ser ganadero requiere mucho dinero y afición. Marcial Lalanda así opina.

—¿Qué planes tiene para este año, en el aspecto taurino?

—Apoderar solamente a Pepe Luis Vázquez y Conchita Cintrón. Y mis negocios particulares. He dejado de ser ganadero. Para dedicarse a ello se requiere mucha afición, dinero y desinterés... A mí me faltan las dos primeras cosas.

Y una última pregunta, que, por esperada, puede redundar en beneficio de los novilleros españoles:

—¿Toreará a pie Conchita Cintrón?

—No soy del todo optimista —afirmó Marcial—. Pero si se lograra el permiso, aumentarían las no-



nilladas, casi desaparecidas en los momentos actuales. Como yo, están interesados los empresarios, y por la expectación que despertaría su arte, los novilleros actuarían en mayor proporción que lo hicieron antes.

—Sería una pena que no la viésemos en esta nueva modalidad... —concluyó diciendo el apoderado de la rejoneadora peruana.

—¿Y sobre la reducción de las novilladas?

—Es un error grande. Esto debiera cuidarse y obligar a los ganaderos a proporcionar novillos. Por ser la verdadera escuela de la tauromaquia, de donde surgen todos.

Marcial Lalanda va a descansar. Un nuevo paréntesis, motivado por el decaimiento que acusa el toreo de hoy. Las dificultades son inmensas, y los beneficios, si llegan a alcanzarse, son mínimos para lo que arriesgan los empresarios.

JOSE CARRASCO



EL PRIMER A V I S O



La tarde viene naciendo
bajo un redondo azul limpio,
cuando el berbiquí del aire
abre un silencio amarillo.

¡Palco de la Presidencia,
perla roja del anillo!

El presidente, sentado,
muy solemne y muy tranquilo,
corta la lidia en tres suertes
con un clarín por cuchillo.

Se asoman por las barreras
pequeños diestros antiguos.

Negras monteras rizadas,
zapatos de charol fino,
Lagartos de plata y oro
por los hombros, derretidos.

¡El alma de los toreros
se viste de sacrificio,
y el corazón, entre encajes,
bate los yunques del sino!

Los piqueros, derrumbados,
con la nuca en el estribo,
el castoreño en los ojos
y los brazos abatidos.

Y mientras, van los caballos,
derramados y vacíos,

riolando vírgenes tierras
con chorros de sangre tibios.

En el balcón de las novias
vuelan blancos abanicos,
cubriendo penas saladas
y ojos que piden martirio.

Un galopar de corceles
por sol y sombra ha venido.
Se arma la marimorena,
con voces de sangre y vino.

¡Qué circuncisión caliente
estrangula a los tres niños!

La Roma de los Nerones
está pidiendo su sitio,
alzando rúbricas rojas
sobre los aires marchitos!

Siete caballos palpitan
con los vientres malheridos.

¡Qué brisa azul de marismas
ajiló cuernos tan finos?
¡Qué yerbita capitana
dió tanto poder y bríos?

No valen las banderillas
ni los capotes tendidos.

La sombra del Gallo grande
desciende sobre el anillo
con sus temblores de miedos
y corazones en vilo.

¡Que venga la Benemérita
y acabe este toro a tiros!

Sudor y denuestos. Aire
de tragedia. Risas. Gritos.
Rojos capotes que enjugan
rostros de cuadros antiguos.

Palmas de tango en la Plaza.
Plata y oro sin sentido.

Las novias de los toreros
no son novias, que son lirios.

El toro, negro y sin prisa,
resiste a todo castigo,
con los cuernos levantados
y ensangrentado el hocico.

Y cuando llora el espada
por el estoque perdido,
el presidente se enoja
y suena el primer aviso...

JOSE PARADA ORCHA

CON RAFAEL LLORENTE EN EL SANATORIO

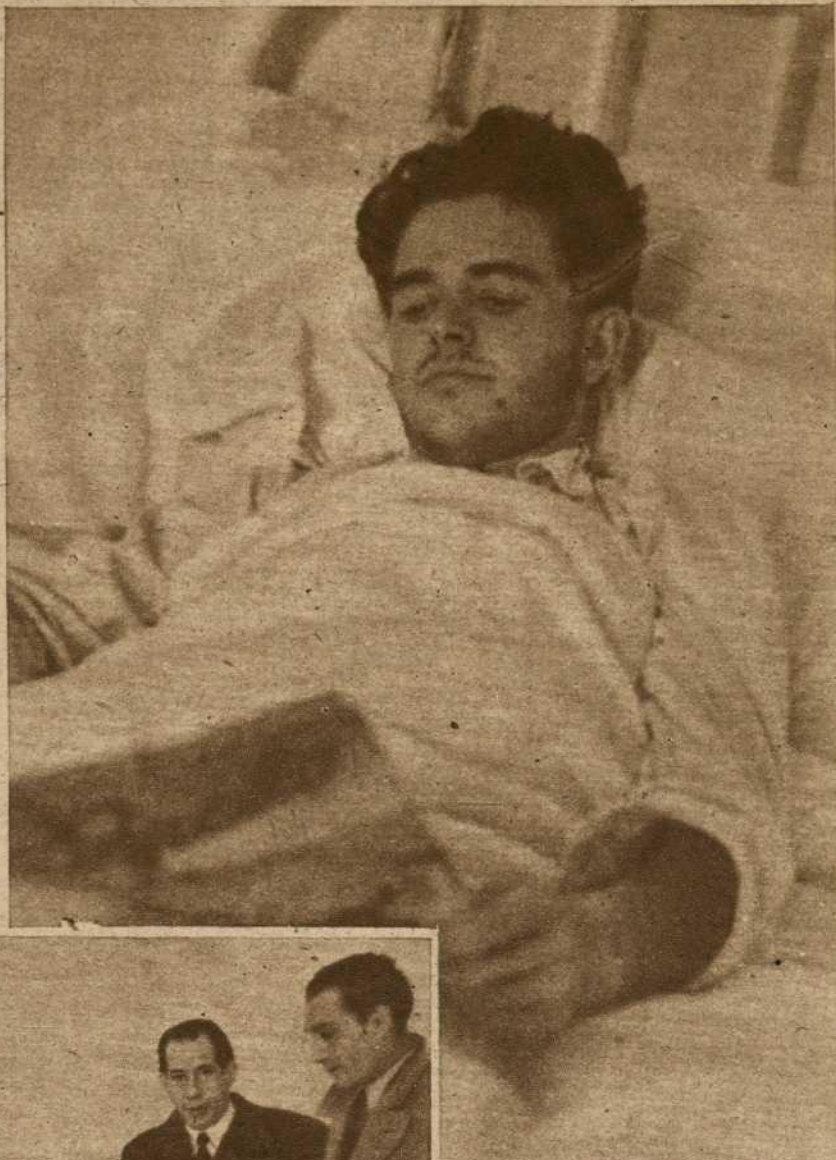
Fué operado de apendicitis por el doctor Jiménez Guinea

HASTA AHORA HA FIRMADO POCOS COMPROMISOS, AUNQUE SE HAN HECHO MUCHAS PROPOSICIONES AL TORERO DE BARAJAS

OTRAS veces vine a este sanatorio con el fin de visitar a algún torero. Recuerdo que la última estaba aquí, a consecuencia de una de las muchas cornadas que en su vida torera recibió, Miguel Cirujeda. Era grave el estado del baturro, pero me recibió muy animado; me habló de sus proyectos, y como yo le contara los que, si me hubiera encontrado en su caso, hubiese hecho, pronto olvidó todo lo que le había sucedido y rompió a reír. Luego, tras mucho bromear, convinimos en que yo no hubiera servido para torero, porque, según decía Miguel, no lo puede ser quien teme las consecuencias de las cornadas.

Recordala yo todo esto cuando Rafael Llorente me contaba cómo se resolvió a ser operado en el mismo instante que el doctor Jiménez Guinea apuntó la posibilidad de la intervención. Llorente no dudó. Si se creía precisa la intervención, cuanto antes se hiciera, mejor. Y pensé, cuando me contaba esto, que Rafael Llorente es de los que, sin duda, sirven para toreros.

Era radiante la tarde. El sol iluminaba hasta el último rincón de la estancia, que, a no ser por



Rafael Llorente se distrae, en su convalecencia, leyendo EL RUE-DO, desde el que nosotros hacemos votos por su rápida curación



Rafael Llorente, nuestro redactor Barico, el novillero mejicano Antonio Rangel y su hermano Angel, charlando en la clínica

dos de que a los toreros que tienen afición, valor y arte, les bastan pocas actuaciones para triunfar y hacer valer éxitos pasados.

Llegaron nuevos amigos del operado. Antonio Rangel, el magnífico novillero mejicano, venía de «hacer piernas», que Rangel había ido a pie a la Ciudad Lineal y había vuelto por el mismo procedimiento. Pepe Guerra, que toreó su primera novillada del año en Valdemorillo, llegó acompañado de su padre. Y con ellos, unos cuantos amigos de Llorente, que pronto encendieron cigarrillos y se pusieron a comentar las noticias taurinas llegadas de Méjico.

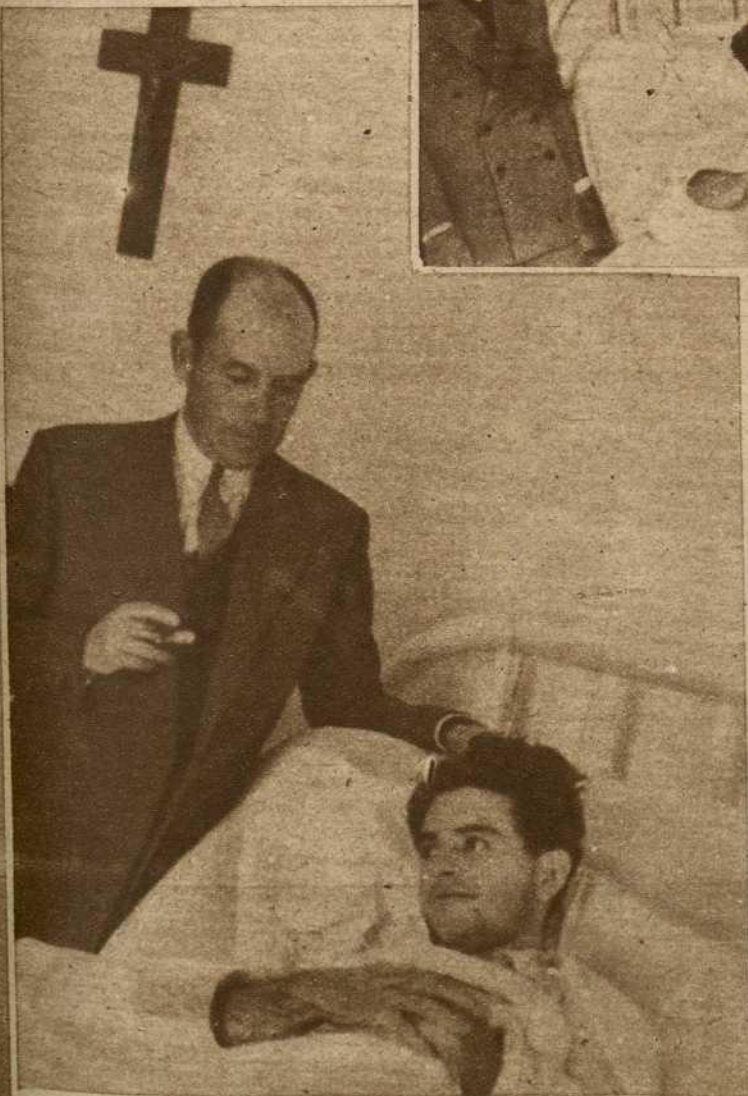
La habitación es espaciosa, pero llegó a parecerme insuficiente para el número de personas que llegamos a reunirnos, y salimos a la terraza con Juan Ramos.

Nos habló el apoderado de Llorente de sus esperanzas y aspiraciones. La lucha, que siempre fué dura, será en la próxima temporada más difícil que nunca. Son, a su entender, muy pocos los toreros que pueden comenzar la campaña taurina sin grandes preocupaciones por lo que respecta al sostenimiento del puesto que consiguieron.

Cada tarde será necesario salir al ruedo como si nada se hubiera hecho antes, como si el torero hiciera su presentación y le fuera necesario lograr que su nombre fuera conocido y sus méritos cotizados.

Muy dura para los toreros la temporada que se avecina.

Se acercó a nosotros Angel, hermano de Rafael, muchacho que también quiere ser torero. El chiquillo asegura que no le dan miedo los becerros que torea, y que en cuanto a afición, no hay quien le saque ventaja. Lo demás... Angel calla y sonríe. ¿Quién sabe!



Llorente y su tío, conversando. El diestro madrileño, sonrío (Fots. Cano y Manzano)

la cama que ocupaba el matador de toros, más parecía habitación particular de gentes bien acomodadas, que departamento de un sanatorio. Y ayudaban, sin duda, a la grata impresión los rostros de cuantos en aquel momento acompañaban a Rafael. El operado había entrado ya en período de franca convalecencia, y todos, familiares y amigos, eran a celebrar tan dichosa coyuntura.

Rafael recordó luego lo que fueron las horas que siguieron a la intervención y cómo aventó las preocupaciones que los suyos sentían y callaban y que él adivinó.

Hablamos de la próxima temporada taurina. A Llorente se le han hecho hasta el momento varias proposiciones; pero la verdad es que, en la mayoría de los casos, no se concretó definitivamente.

Juan Ramos, apoderado del matador, intervino para asegurar que Llorente no tiene inquietudes ni prisas. Los empresarios no olvidarán la categoría artística de Rafael, y han de contratarle. Eso basta al torero de Barajas. Lidador y apoderado están convencidos

VARILARGUEROS DE AYER

BERNARDO PARDAL fué en América un paladín de la suerte de varas



TENÍA el propósito, desde hace bastante tiempo, de dedicar unas sencillas líneas a un excelente picador de toros que en su época gozó de bastante popularidad y a quien los historiadores taurómicos no han hecho la debida justicia.

Y ahora lo verifico, refiriéndome a Bernardo Pardal y Fernández, apodado primeramente el Niño —así lo era cuando se dedicó a tan duro oficio— y más tarde el Bomba, habiendo figurado en las cuadrillas de los más prestigiosos espadas de su tiempo.

Bernardo Pardal, de buena estatura y de atlética constitución, era madrileño, un madrileño muy siglo XIX, simpático, humorístico y con ilimitado don de gentes.

Había nacido en uno de los más populares barrios de la Villa y Corte el día 2 de agosto de 1871, y desde muy joven se dedicó a desbravar caballos, prestando tal servicio en las caballerizas del excelentísimo señor conde de la Patilla.

Pronto se destacó como un excelente jinete, no teniendo nada que envidiar al más experto maestro en equitación.

Pero Bernardo, además de sus hípicas aficiones, sentía también otra, desmedida, por el toreo a caballo, y un buen día...

UNA CUADRILLA FAMOSA DE NIÑOS TOREROS

Allá por el año 1885, dos niños sevillanos, que más tarde llegaron a ser matadores de toros de gran renombre, tenían alborotados a los aficionados de la ciudad del Betis con sus excepcionales condiciones para sortear reses bravas.

Y Francisco González, Faico, y Enrique Vargas, Minuto —que éstos eran los nombres, apellidos y apodos de los prodigiosos niños—, formaron una cuadrilla que recorrió de triunfo en triunfo todas las Plazas andaluzas.

Hasta Madrid llegó la fama de los niños toreros, y dos años más tarde, el 5 de agosto de 1887, presentáronse en el últimamente derruido palenque de la carretera de Aragón, haciéndolo con ellos, en calidad de picador, Bernardo Pardal, el Niño.

Este, que entonces contaba dieciséis años, alternó con los ya talluditos varilargueros Antonio González, Coriano, Esteban Valenzuela, Ma-

zapán, y Pedro Lagar, Colita, que asimismo formaban parte de la juvenil cuadrilla de coletudos.

El Niño, a pesar de su corta edad, se destacó inmediatamente como un gran jinete, ejecutando la difícil y hermosa suerte de picar con el beneplácito de la crítica y de los aficionados.

EL NIÑO PASA A LA MAYORÍA DE EDAD HACIA LA ALTERNATIVA

Continuó el joven Pardal con los famosos niños sevillanos, hasta que éstos tiraron cada uno por su lado con vistas a la alternativa, y Bernardo dejó de ser Niño, adoptando el apodo de el Bomba, por cuadrarle mejor al intervenir en corridas de mayor categoría, en las que continuó obteniendo señalados triunfos.

Ser picador de toros en aquellos tiempos no era una cosa hija de la improvisación. Se requería un largo aprendizaje, y cuando llegaban a conseguir la alternativa, su prestigio se hallaba consolidado a través de muchas actuaciones.

El Bomba, apadrinado por el famoso banderillero Tomás Mazzantini, como antes lo fueron por Frascuelo, Manuel Martínez, Agujetas, y José Bayard, Badila, llegó a la alternativa por sus pasos contados, sin precipitaciones y con todas las asignaturas del arte de torear a caballo muy bien aprendidas.

PARDAL LLEVO, A LOS PALENQUES AMERICANOS, EL PRESTIGIO DEL PRIMER TERCIO DE LA LIDIA

En la historia taurina de este picador de toros madrileño, registranse tres episodios dignos de ser conocidos.

Se refiere, el primero, a uno de sus éxitos en el coso madrileño. Bernardo Pardal, después de ser largamente ovacionado en una corrida por la maravillosa manera de ejecutar la suerte, fué reclamado por los espectadores durante el segundo tercio de la lidia para que volviese al redondel, y ya en éste, el público le ovacionó de nuevo, hecho insólito, que yo sepa, en los anales pitonudos.

Gran sensación causó en Madrid el diestro azteca Ponciano Díaz, cuando en una exhibición del toreo mejicano, clavó banderillas a dos manos montando un brioso corcel.

Pues Bernardo Pardal, excelentísimo jinete, fué el primero de los diestros españoles que colocó banderillas de tal manera, cosa que también llegó a ser realizada por otros dos picadores: Badila y Manuel Rodríguez, el Baulero.

El picador eje de este reportaje, cuya vida artística no fué debidamente recogida por los taurinos historiadores, en 1908 se marchó a América en unión del matador de toros Francisco Bonard, Bonarillo, viéndose ambos en la precisión de atravesar la cordillera de los Andes cabalgando sobre mulas.

Y ya en Lima, donde permaneció bastantes años, como en Quito (Ecuador) y Cartagena de Indias, en unión de otro picador español, Mateo Giménez, Canales, implantó de una manera definitiva la suerte de varas, ateniéndose a las reglas españolas, con lo que nuestra brava fiesta adquirió en aquellos países el debido prestigio.

OTRA VEZ EN ESPAÑA LA ULTIMA CORRIDA

Bernardo Pardal sintió la nostalgia de volver a la tierra que le vio nacer. Habían transcurrido cerca de dos lustros y contaba cuarenta y siete otoños. ¡Y aún continuó ejerciendo la profesión con el mismo entusiasmo de sus primeros años!

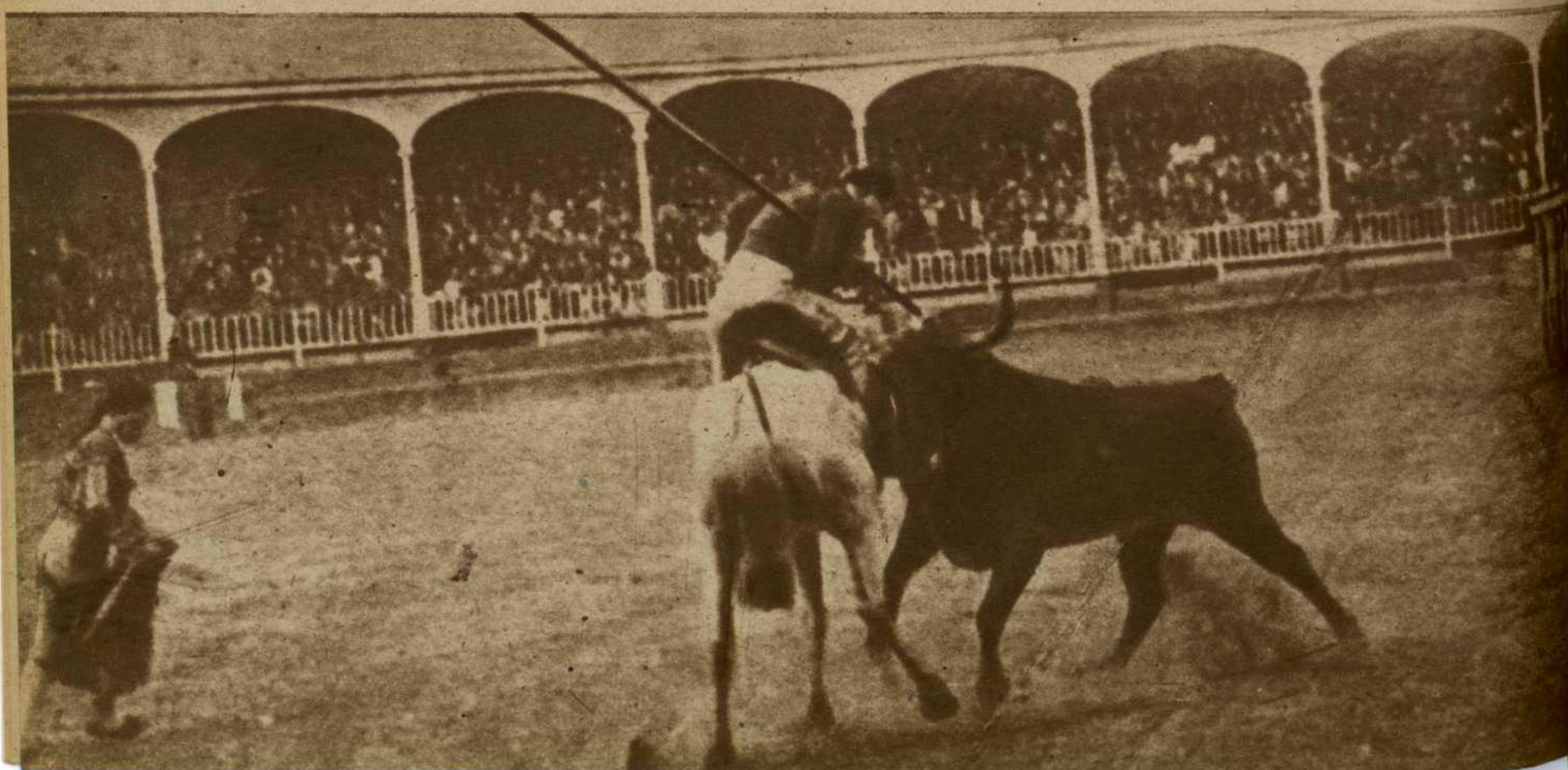
Lo mismo en España que en América, trabajó a las órdenes de los más famosos lidiadores, sintiendo por él una gran predilección el célebre don Luis Mazzantini, hasta el extremo de incorporarle en su cuadrilla.

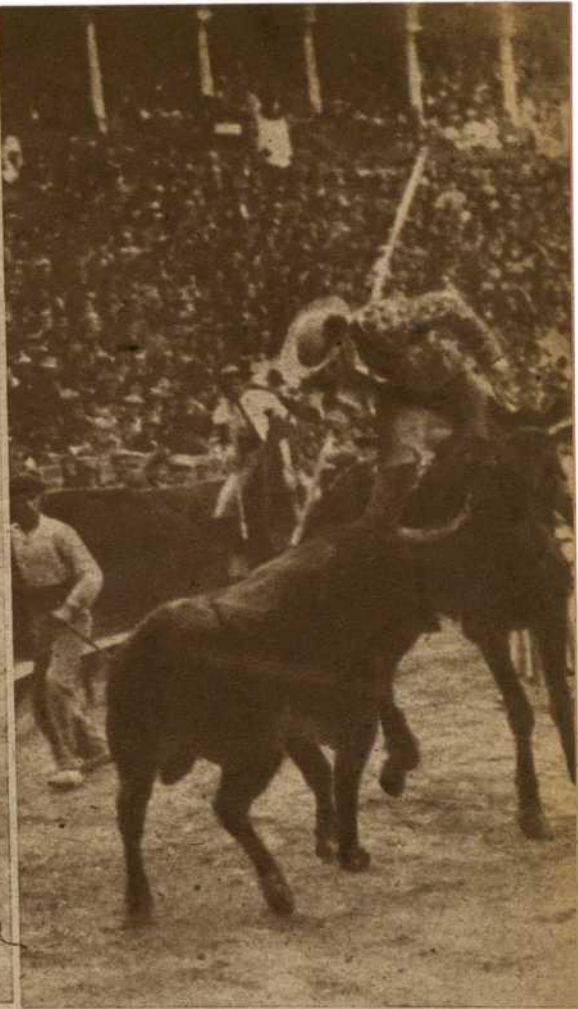
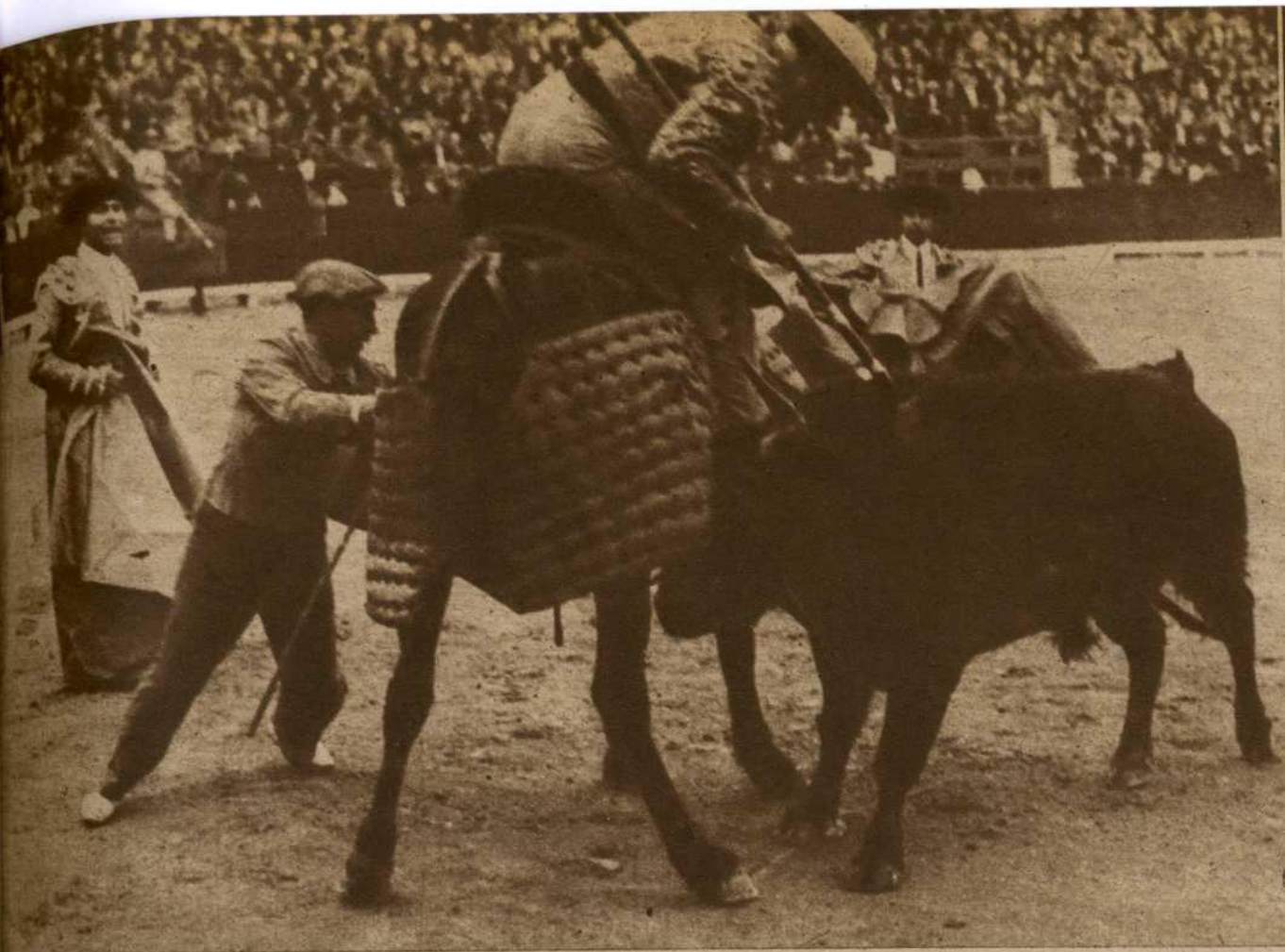
La última vez que Pardal se puso la calzona, fué en la corrida celebrada en Andújar el año 1918, corrida en la que actuaron Joselito, Blemonte y Angel Fernández, Angelete, tío de actual matador de toros de igual apodo.

Alejado de la ruda profesión, evocando sus tardes de triunfo y siempre querido por sus amigos y compañeros, una calurosa mañana del mes de junio de 1930, hallándose rodeado de sus familiares, entregó su alma a Dios en una casa de esa calle tan simpática y alegre del barrio de Salamanca que lleva el título del General Pardiñas.

DON JUSTO

Bernardo Pardal, Bomba, actuando en la Plaza de Lima. Bien reunido con el toro, sin desestribarse, haciendo fuerza de riñones, girando hacia la izquierda el semoviente... ¡Buen jinete! ¡Excelente picador!





Un buen puyazo de Rafael Andrades, el Artillero, en una de las corridas de la feria valenciana, el año 1935

El Artillero, en otro magnifico puyazo, cuando los caballos no llevaban aún peto

RAFAEL Andrades, el Artillero, aun sigue soñando en picar toros. El no quiere recordar que ya tiene cincuenta años, que lleva treinta y uno en la profesión y que tiene su cuerpo de gigante materialmente cosido a cornadas. El olvida todo esto. Se sabe fuerte y con arrestos. Y quiere seguir...

—¿Por qué dejarlo?—me decía con una sonrisa.
—¿Tanta es su afición?
—No lo puede usted imaginar. Podría sorprenderle cuando yo estoy de vuelta de tantas cosas. Pero, amigo mío, no sé qué tiene esto, que uno no puede dejarlo.

—¿Es usted el picador más viejo en el escalafón?
—Posiblemente. Tengo cincuenta años.
—De picador, ¿cuántos?
—Treinta y uno. Como verá usted, yo empecé muy joven. Tenía diecinueve años cuando piqué el primer toro. Desde entonces estoy en la profesión.

—¿A las órdenes de qué matador empezó picando?
—Con José Gómez, Gallito, en la feria de Valencia, donde piqué treinta y ocho toros, en la puerta misma de los chiqueros.

—¿Muchos años en la cuadrilla de Gallito?
—No. El año 1918 pasé a la cuadrilla de Saleri II, y el año 20 pasé a la de Chicuelo, con el que estuve hasta el 23. Luego estuve a las órdenes de Nacional II, Juan Belmonte, Rayito, Manolo Bienvenida, Vicente Barrera, Domingo Ortega, Manolete, Escudero, y en la temporada anterior, con Cañitas.

—¿Estuvo usted en América?
—Sí. Con Domingo Ortega estuve tres veces. Y una vez con Manolo Bienvenida, y otra, con Chicuelo.

—Usted, Artillero, ¿ha sido muy castigado por los toros?
—Desgraciadamente, así es. He tenido diez cogidas gravísimas. La primera fué en la pierna derecha, cuando estaba colocado con Nacional II. Luego, las otras; pero no quisiera recordarlas. Gracias a Dios,

—Es decir, que esta suerte, ¿tiene mucha importancia?
—En realidad, muchísima. Porque la suerte de varas no sólo sirve para probar la bravura del toro y restarle poder, sino para corregirles sus defectos principalmente.

—Y los petos. ¿Los petos cumplen un buen fin?
—En principio, sí. Los petos han salvado muchos caballos, y gracias a los petos han sido muchos los que se han dedicado a la profesión. Para mí, sin embargo, el peto tiene la desventaja de que el toro,

que si destrozaron mi cuerpo no pudieron con mis ilusiones, porque mi brazo está fuerte aún.

—Usted, aproximadamente, ¿sabe en cuántas corridas de toros intervino?
—Calculando por bajo, en mis treinta y un años de picador, no habré intervenido en menos de 2.880 corridas de toros.

—Lo que equivale a picar...
—No teniendo presente aquellas corridas en las que llegué a picar seis toros de una vez, pero calculando a dos por corrida, la cuenta no es difícil. Más por bajo que por alto, he picado 5.760 toros.

Quise gastarle una broma al Artillero con sus mismas palabras, y le dije:
—¿Picó usted más por lo bajo que por lo alto?
El Artillero me comprendió rápidamente:
—¡ Hombre! ¡ Eso, no! Eso no quise decirle. Comprenderá usted que no es lo mismo...
Aprovecho sus protestas para preguntarle:
—¿Cómo ve usted la suerte de varas?
—Como una de las más bellas de la fiesta. La suerte de veras —explicó— es, a mi juicio, la que decide la lidia que debe darse al toro en el último tercio.

—Es decir, que esta suerte, ¿tiene mucha importancia?
—En realidad, muchísima. Porque la suerte de varas no sólo sirve para probar la bravura del toro y restarle poder, sino para corregirles sus defectos principalmente.

Varilargueros de hoy

Rafael Andrades, el Artillero, con cincuenta años y treinta y uno de profesión, seguirá picando esta temporada

al segundo puyazo, aprende y se desengaña, saliendo a buscar la defensa en otros tercios de la Plaza. No hace falta insistir que ahora los toros toman la tercera vara después de acosarles mucho. Y esto se explica, si sabemos que el ochenta por ciento de los toros, por bravos que sean, no se arrancan desde largo, y si alguno lo hace, frena en la valla al ver el caballo, pues sabe que sólo le espera el castigo, sin poder hacer nada por evitarlo. Como verá usted, ésta es una de las desventajas del peto.

—¿Cómo debe picarse?
—Yo siempre he picado en la misma raya.
—Y el peligro, ¿dónde es mayor?
—En tablas, puesto que el espacio es insuficiente para mandar en el caballo. Esto dificulta la perfección de la suerte, porque el picador queda a merced del toro, que es el que domina en las tablas.

De todas formas, el secreto de picar, y picar bien, sólo estriba en el poder de la mano izquierda, que es la que manda, y en el corazón del picador; es decir, todo puede ser afligirse o no afligirse. Desde luego, hay otro aspecto importantísimo, que es aquel que se refiere a igualar bien con el toro, medir la distancia cuando éste arranca, dejar ir el palo, para que el mismo toro lo vaya acortando, y apoyarse en el estribo de la pierna izquierda. Y luego, aguantar, si es que antes uno no sale despedido por los cuartos traseros del toro. Pero esto no tiene importancia, porque lo importante es no someterse al poderío del toro, sino desafiarlo y luchar con él.

—¿Y esa moda de la «carioca»?
—Que es una moda perjudicial y que se hace al toro que no tiene fuerza ni poder. Al otro, al bravo, con sangre y casta, no se le puede hacer la «carioca».

—¿Seguirá usted este año picando?
—Este año y alguno más. Me encuentro joven y con fuerza. Dígame usted, ¿por qué iba a dejarlo?
Verdaderamente, no he sabido qué contestarle.

CRUZ ERNESTO FRANQUET

El famoso picador, en su charla para EL RUEDO



El Artillero, en la actualidad (Fots, Manzano)





Vocación, aventura, triunfo y muerte de

IGNACIO SANCHEZ MEJIAS

(Continuación)

EN LAS BODEGAS DEL «MANUEL CALVO»

Va a zarpar de Cádiz el Manuel Calvo. Dos muchachos, sigilosamente, audazmente, intrépidamente, han llegado a las bodegas del transatlántico, se han escondido en ellas y han dado así comienzo a su aventura.

El Manuel Calvo va a Nueva York. Lleva un pasaje numeroso y en el puerto hay también gran cantidad de personas, familias y amigos que han acudido a despedir a quienes emprenden la travesía. Trajes, sombreros, moños y bastones de 1909. Los caballeros llevan unos bigotes ensortijados y las damas se bañan el rostro con el trasluz de unas sombrillas de colores. Un barquillero hace un quiebro a un ama vestida de pasiega. Y un piano de manubrio canta el corp de Bohemios en su cilindro renqueante.

La sirena del barco abre la vía a todos los suspiros del adiós que se queda, empapado de lágrimas.

—¡Ya anda!—dice estremecidamente Ignacio desde su escondite.

—¡Ya anda!—suscribe, como un eco, su amigo y compañero de viaje.

Los dos se sienten en este momento entristecidos, acobardados y con deseos de llorar. A ellos no los despiden nadie. Ellos van allí agazapados y sin que se sepa. Parece que las lágrimas que llevan en el corazón se les van a subir a los ojos. Pero se esfuerzan en no decaer y en que su mutua entereza sea mutuo ejemplo.

Uno de esos muchachos es Ignacio Sánchez Mejías, fugado de su casa después de la renuncia a los estudios facultativos. «Se ha escapado el hijo del médico», comentará en Sevilla, a esa hora, la vecindad. Y los más enterados dirán también: «Se ha ido porque dice que quiere ser torero».

El compañero de Ignacio en esta aventura también sueña con el aplauso de las multitudes en las Plazas de Toros. Es un chico de San Fernando a quien llaman el Cuco, primo de los Gallo y ambicioso de una fama como la que tiene Rafael. Ha toreado con Sánchez Mejías en los cerrados y han hecho una fraterna amistad.

(Andando el tiempo, los dos amigos quedarán unidos, además, por parentesco. Ignacio Sánchez Mejías será hermano político del Cuco. Pero eso vendrá luego, cuando ya los aplausos no sean sólo una ilusión en el afán torero del muchacho.)

Descubiertos en las bodegas del Manuel Calvo los dos polizones, la situación se les presenta tan seria y grave que se muestran decididos a cuanto se les exija con tal de continuar la travesía. Y así, aceptan gustosamente la condición de trabajar en menesteres pesados, ante los que Sánchez Mejías se da ánimos con esta frase pomposamente dicha en presencia de varios marineros:

—¡No es tan duro el trabajo aquí como se nos había dicho!

Los dos emigrantes cumplen bien en las tareas en que se los utiliza y además se muestran muy respetuosos con todos, y en los ratos de holganza cuentan anécdotas graciosas de sus pasadas correrías con el capotillo debajo del brazo en busca de un becerro bravo.

Tienen ya buen ánimo y buena esperanza. Van contentos y la ilusión se les desborda en palabras y en coplas.

DIAS DE INQUIETUDES Y DE DESILUSIONES

Al llegar el barco a Nueva York se encuentran con una orden que los aflige y que súbitamente trueca en dudas sus seguridades de éxito. Ellos querían reunirse en Nueva York, trabajando afanosamente en cualquier oficio, algún dinero con el que hacer frente luego al aprendizaje taurino. Mas en Nueva York no se les permite desembarcar. Es orden terminante de las autoridades del puerto. En vano Sánchez Mejías, con una voluntad enteriza por encima de su angustia, expone sus propósitos de trabajar y suplica que se le deje libremente. La orden no se quiebra así como así, y todos los argumentos y todos los ruegos del muchacho resultan inútiles. Por fin, consigue que la Policía comunique con Méjico y se ponga al habla con un hermano que Ignacio tiene allí. Este hermano, Aurelio, es propietario de un establecimiento importante y hombre de ancho crédito personal. Su intervención en el asunto es eficaz, pues tan pronto como anuncia que él garantiza la personalidad de Ignacio, éste empieza a gozar de algunas consideraciones.

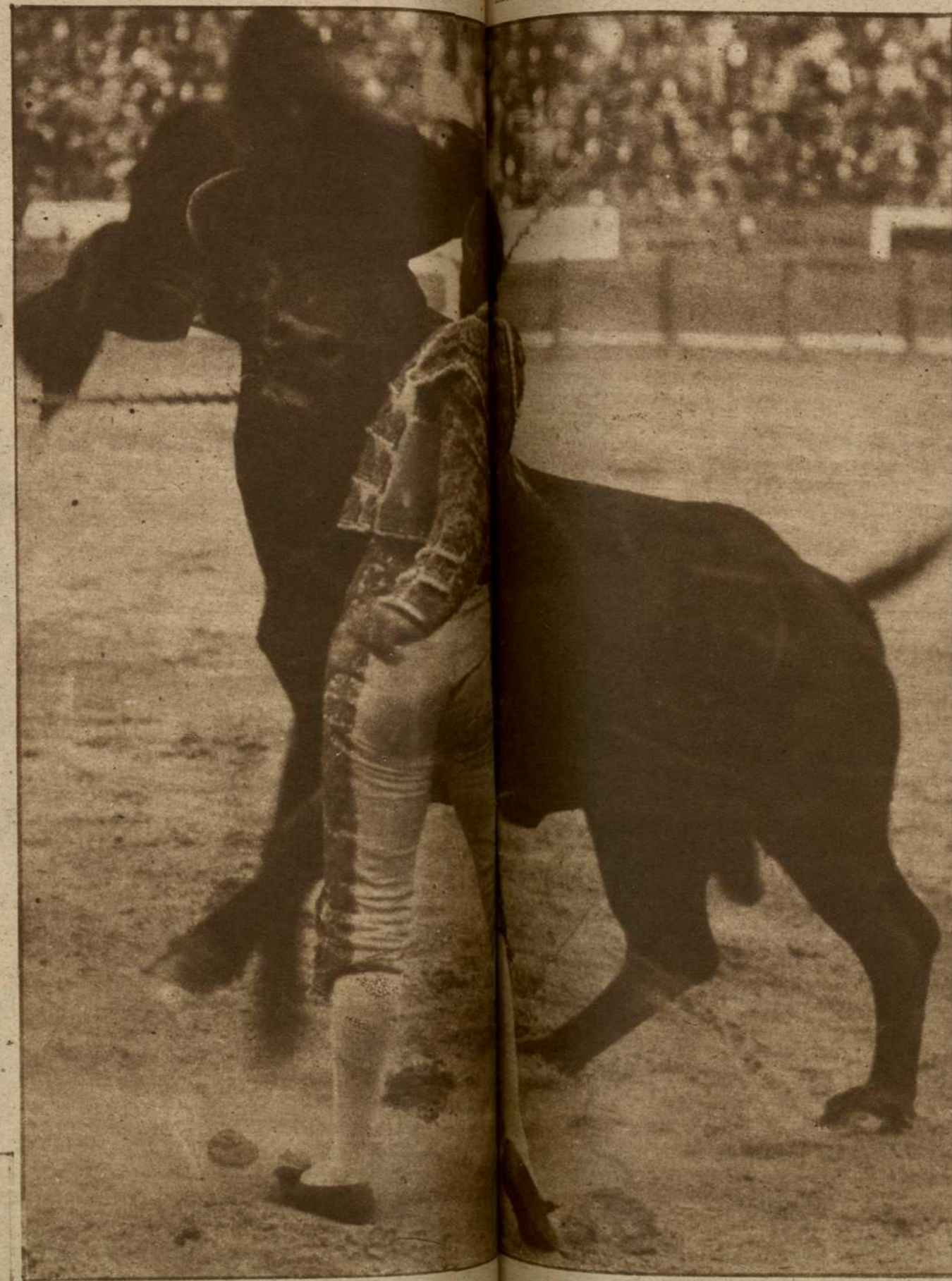
Consigue que lo trasladen a Veracruz, donde una carta de su hermano puede hacerle más fácil la búsqueda de trabajo. Porque él se da cuenta de que, por encima de todos sus ensueños de gloria, está la apremiante realidad de cada día y de que hay que hacer frente a ésta como sea, aunque se le exija un esfuerzo intenso y aunque de él no obtenga la comodidad con que viviera en Sevilla, en cuya casa todo era holgura y nunca estuvo cruzada por inquietudes de dinero.

Pero lo que Sánchez Mejías estimaba que sería relativamente fácil en Veracruz, ella le permite no vivir a diario con la inquietud de saber si al fin de la jornada llegarán o no a su estómago las sobras de alguna comida. Y firme en esta tranquilidad, la ilusión brinca de nuevo briosamente a la conquista de un renombre en las fiestas de toros.

—Yo sólo quiero—suelé decir— que me dejen torear, que me permitan probarme siquiera como banderillero, que se me dé la facilidad de vestirme una tarde un traje de luces. Y ese deseo, del que Sánchez Mejías hace pódico para su ilusión de ser torero, se le cumple en la Plaza de Corelia, donde actúa como banderillero en una novillada.

Mucho ha tenido que terquear para conseguir esto; mucho le ha sido preciso recurrir a varios españoles allí residentes para que apoyasen su pretensión; mucho ha necesitado hablar con los toreros más en boga para que lo recomendaran con interés.

EL EMPRESARIO RAMON LOPEZ
Pero salir a torear un día y en las condiciones en que lo hace Sánchez Mejías no es nada, o casi nada. El banderillero



pero recién presentado puede quedarse, si no insiste fuertemente en su propósito, con esa anécdota para toda su vida y sin nada detrás de esa anécdota. Por eso, Ignacio, cuando echa la vista al porvenir, después de haber actuado en esa novillada, se preocupa seriamente de continuar en la profesión que acaba de emprender. Pero también, como siempre, con la inquietud terrible de saber que, mientras, tiene que atender a su manutención con otros medios de vida.

Sánchez Mejías busca el apoyo de sus compatriotas. Siempre aguarda de ellos los brazos abiertos y la cordialidad con-

comunidad y la protección franca. Pero ya en esa época está bien definido su carácter, que no es propicio a la pedigría ni a resignarse a la limosna desdenosa.

Hablalargamente con el empresario de la Plaza de Corelia. Este empresario se llama Ramón López y ha nacido en Madrid. Años atrás ha ido como banderillero en la cuadrilla de Mazzantini. En 1884 fijó su residencia en Méjico. Ya con anterioridad había pasado, aunque fugazmente, por ahí. Ramón López, poco a poco, emprendió negocios de empresario. Tuvo suerte, hizo fortuna, impulsó mucho la afición taurina en tierras mejicanas, construyó Plazas por su cuenta...

Pero cuando Ignacio Sánchez Mejías conoce a Ramón López ya no es tanta la prosperidad de esos negocios, y a través de éstos se inicia la zozobra del empresario que, años más tarde, ha de dar en una ruina total, ruina que lo devolverá a España sin bienes y con setenta y tres años a las espaldas.

Sin embargo, en este momento todavía puede Ramón López brindar al muchacho sevillano cierta protección que asegure su sustento; modestamente, claro; pero más cerca de su afición taurina que cuando era mozo de cuadra en aquella hacienda donde nada le hablaba de su afán.

Sánchez Mejías entra como empleado de corrales en la Plaza de Toros de Corelia, que explota Ramón López. Esto le permite asistir a las corridas, frecuentar el trato de los toreros, entrenarse sobre la propia arena de un ruedo y tener más confianza en sí mismo para su futuro taurino.

Algunos diestros con los que habla Ignacio Sánchez Mejías le ofrecen interesarse por él. Le aseguran que intercederán con el señor López para que lo incluya en los carteles. Y uno de ellos le asegura que será un torero de mucha categoría.

Años después, el espada sevillano se referirá algunas veces a ese pronóstico que se le hiciera en América, cuando la vida le era allí tan dura; pero nunca logrará recordar con exactitud quién fuera aquel torero que tal seguridad le diese.

El ambiente es favorable a Sánchez Mejías para volver a vestir el traje de luces. Y empieza a actuar, en calidad de banderillero, en corridas modestas, en una de las cuales dice Ramón López a quienes están con él:

—Ese chico es valiente y parece que está muy enterado.

Esta fama de valentía se va extendiendo entre quienes siguen con atención la labor de los toreros humildes, y pronto Sánchez Mejías consigue actuar como novillero en la Plaza de Méjico.

En esa prueba, y en las que le siguen, el torero español continúa dando la nota de valentía y confirmando que conoce bien la lidia y que sabe defenderse hábilmente de las reses peores. Pero acaso no logra ese triunfo definitivo que le redima de tener que cargar con corridas difíciles y de cobrar unos estipendios tan modestos que apenas le permiten vivir.

Sánchez Mejías, novillero en Méjico, no consigue una situación desahogada. Pasa muchos apuros. Rehuye, sin embargo, el pedir más dinero por sus actuaciones, tan mal pagadas como si siempre se vistiese de torero por primera vez. Esto le tiene con el ánimo entristecido. Esto y la nostalgia de España. Sánchez Mejías siente la necesidad afectiva de tornar a su Patria. No puede pasar ya más tiempo en el Extranjero. Lo malo es que el pasaje para España cuesta mucho dinero. Y él no tiene nada.

—Pues vas a ser feliz, porque embarcarás con nosotros.

El rasgo de Corchaíto pone una gran emoción en quien tiene ese noble deseo de ver de nuevo España.

Durante toda su vida recordará Sánchez Mejías el momento de aquellas palabras. Y en toda ocasión oportuna tendrá para la generosidad de Corchaíto la expresión de su gratitud y el recuerdo de la amistad que desde aquel instante los unió.

[España!]

En Sánchez Mejías brinca el júbilo al repetir este nombre, una vez y otra vez, a lo largo de la travesía.



El viaje se le hace muy largo por el propio anhelo de llegar pronto a la Patria, cuyas costas aguarda ávidamente, con los ojos muy abiertos.

FERNANDO CASTAN PALOMAR
(Continuad.)

El viaje se le hace muy largo por el propio anhelo de llegar pronto a la Patria, cuyas costas aguarda ávidamente, con los ojos muy abiertos.

El viaje se le hace muy largo por el propio anhelo de llegar pronto a la Patria, cuyas costas aguarda ávidamente, con los ojos muy abiertos.

El viaje se le hace muy largo por el propio anhelo de llegar pronto a la Patria, cuyas costas aguarda ávidamente, con los ojos muy abiertos.

El viaje se le hace muy largo por el propio anhelo de llegar pronto a la Patria, cuyas costas aguarda ávidamente, con los ojos muy abiertos.

El viaje se le hace muy largo por el propio anhelo de llegar pronto a la Patria, cuyas costas aguarda ávidamente, con los ojos muy abiertos.

El viaje se le hace muy largo por el propio anhelo de llegar pronto a la Patria, cuyas costas aguarda ávidamente, con los ojos muy abiertos.

El viaje se le hace muy largo por el propio anhelo de llegar pronto a la Patria, cuyas costas aguarda ávidamente, con los ojos muy abiertos.

El viaje se le hace muy largo por el propio anhelo de llegar pronto a la Patria, cuyas costas aguarda ávidamente, con los ojos muy abiertos.

El viaje se le hace muy largo por el propio anhelo de llegar pronto a la Patria, cuyas costas aguarda ávidamente, con los ojos muy abiertos.

El viaje se le hace muy largo por el propio anhelo de llegar pronto a la Patria, cuyas costas aguarda ávidamente, con los ojos muy abiertos.

El viaje se le hace muy largo por el propio anhelo de llegar pronto a la Patria, cuyas costas aguarda ávidamente, con los ojos muy abiertos.

El viaje se le hace muy largo por el propio anhelo de llegar pronto a la Patria, cuyas costas aguarda ávidamente, con los ojos muy abiertos.

El viaje se le hace muy largo por el propio anhelo de llegar pronto a la Patria, cuyas costas aguarda ávidamente, con los ojos muy abiertos.

El viaje se le hace muy largo por el propio anhelo de llegar pronto a la Patria, cuyas costas aguarda ávidamente, con los ojos muy abiertos.

El viaje se le hace muy largo por el propio anhelo de llegar pronto a la Patria, cuyas costas aguarda ávidamente, con los ojos muy abiertos.

El viaje se le hace muy largo por el propio anhelo de llegar pronto a la Patria, cuyas costas aguarda ávidamente, con los ojos muy abiertos.

El viaje se le hace muy largo por el propio anhelo de llegar pronto a la Patria, cuyas costas aguarda ávidamente, con los ojos muy abiertos.

El viaje se le hace muy largo por el propio anhelo de llegar pronto a la Patria, cuyas costas aguarda ávidamente, con los ojos muy abiertos.

El viaje se le hace muy largo por el propio anhelo de llegar pronto a la Patria, cuyas costas aguarda ávidamente, con los ojos muy abiertos.

El viaje se le hace muy largo por el propio anhelo de llegar pronto a la Patria, cuyas costas aguarda ávidamente, con los ojos muy abiertos.

El viaje se le hace muy largo por el propio anhelo de llegar pronto a la Patria, cuyas costas aguarda ávidamente, con los ojos muy abiertos.

El viaje se le hace muy largo por el propio anhelo de llegar pronto a la Patria, cuyas costas aguarda ávidamente, con los ojos muy abiertos.

El viaje se le hace muy largo por el propio anhelo de llegar pronto a la Patria, cuyas costas aguarda ávidamente, con los ojos muy abiertos.

El viaje se le hace muy largo por el propio anhelo de llegar pronto a la Patria, cuyas costas aguarda ávidamente, con los ojos muy abiertos.

El viaje se le hace muy largo por el propio anhelo de llegar pronto a la Patria, cuyas costas aguarda ávidamente, con los ojos muy abiertos.

El viaje se le hace muy largo por el propio anhelo de llegar pronto a la Patria, cuyas costas aguarda ávidamente, con los ojos muy abiertos.

El viaje se le hace muy largo por el propio anhelo de llegar pronto a la Patria, cuyas costas aguarda ávidamente, con los ojos muy abiertos.

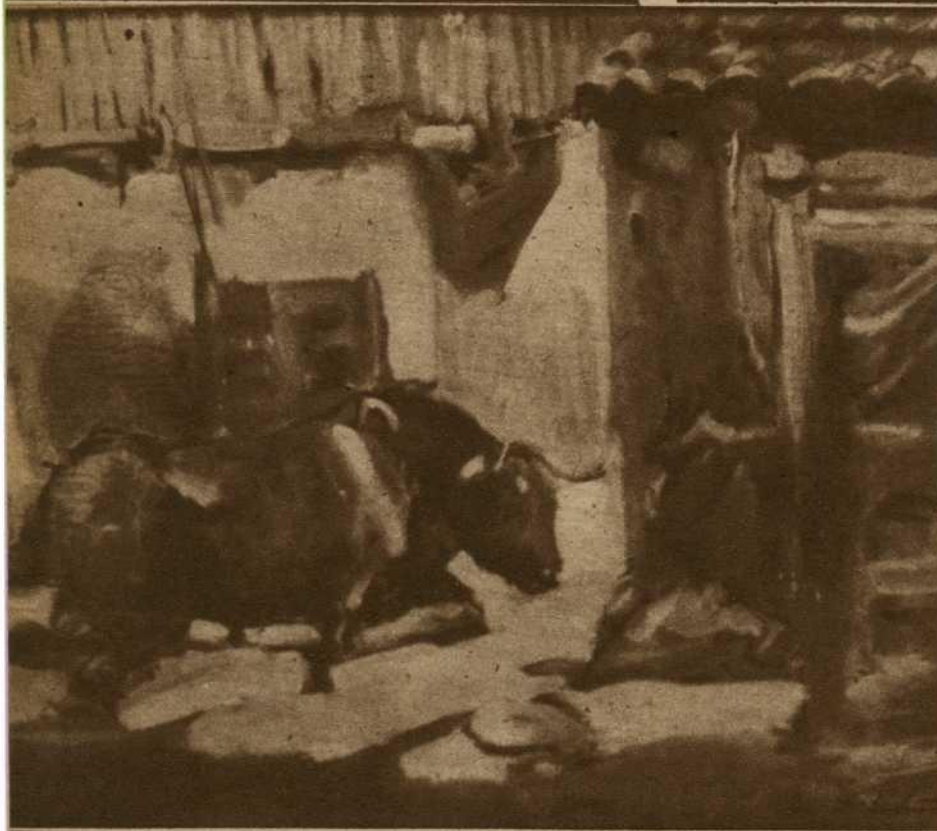
El viaje se le hace muy largo por el propio anhelo de llegar pronto a la Patria, cuyas costas aguarda ávidamente, con los ojos muy abiertos.

EL ARTE
y los
TOROS

El
toro en la
PINTURA ESPAÑOLA



«Toros en la Muñozas», propiedad del duque de Veragua. Bellísima pintura de Joaquín Díez que refleja un momento de la vida del toro en libertad



«En los corrales», cuadro de González Marcos, que muestra artísticamente un aspecto interesante del toro en las dependencias de la Plaza

auge toreril, esta afición a la fiesta, que se hace nacional, poniendo de manifiesto el temperamento y el carácter de un pueblo, repercute en las bellas artes, principalmente en la pintura, que se enriquece y adorna con la recia, sobe-rana y magnífica estampa del toro, que va desfilando ya, sin interrupción, a lo largo del arte pictórico, a partir del siglo XVII hasta nuestros días, en una continuada y rica manifestación, de un tema del que pocos artistas más o menos directamente pudieron alejarse. Y así, pues, cuando pasamos lista a los pintores de las dos últimas centurias, observamos cómo de Lucas, continuador de Goya, y cómo de aquél a los románticos y de éstos a los contemporáneos va pasando el toro en vistoso documental en colores, tendiendo un largo puente, en el que alternan y se suceden los estilos y procedimientos más o menos innovadores, que va del autor de las *Majas* y de la oscuridad y opacida-

des de Lucas, ambos ya mencionados, a la brillantez luminosa y colorística de Roberto Domingo y Ruano Llopis, del alegre costumbrismo de Villamil al de Ricardo Marín y Antonio Casero, y del bellísimo clasicismo pictórico y de la vida del toro de Joaquín Díez y Ruiz de Valdivia a la fortaleza nerviosa y de recia pincelada de González Marcos, sirviendo de enlace entre la comentada acritud goyesca con la no menos de Solana, y los cuadros de toreros, tan dispares, de Vázquez Díaz y Zuloaga.

Tres aspectos fundamentales recogen la vida del toro en la pintura, los tres representados en esta plana.

El toro en el campo, en los corrales y en el espacio acotado del ruedo. En el primero se buscó la mansedumbre y docilidad del toro en libertad, su bella y decorativa estampa, sobre el fondo de un paisaje sugerido y apacible, cercano a lo bucólico; en el segundo, el toro, preso ya, cautivo y encerrado en los chiqueros de la Plaza, presto a poner de manifiesto su nativa fiera contenida, y en el tercero, ya en el ruedo, sobre la misma arena en la que va a transcurrir la lidia, cuando ya la acometividad y nervosismo inquietante de la res pone en peligro la vida del torero, convirtiéndose en arte la manera que éste tiene de esquivar, por instinto, la muerte.

Tres aspectos, tres motivos del toro, que reflejan, en síntesis perfecta, su vida, exaltando la maravilla de sus líneas y la belleza de su figura, a la que pocos pintores dejaron de ofrendarle su artístico nomenaje.

MARIANO SANCHEZ DE PALACIOS

Si verdaderamente, en un afán o deseo investigador, fuéramos, en la historia de la pintura, en busca de la existencia y aparición del toro, no hay duda que tendríamos que remontarnos a los tiempos primitivos, cuando la riqueza de la vivienda y el gusto de sus moradores consistía y radicaba principalmente en la ornamentación de los muros con figuras y escenas simbólicas, en las que, no sólo no estaba ausente, sino que se rendía especial atención a la bella estampa de «Tauro». Díganlo, si no, tantas y tantas pinturas rupestres como aun hoy se conservan en las no pocas cuevas españolas explotadas por el turismo, como acontece con las célebres de Altamira y de Santillana del Mar. Pero como no es nuestra misión tampoco remontarnos a tan lejanas épocas, profundizar, sin finalidad alguna y en una equivocada e innecesaria erudición, en los orígenes del toro, a través de los tiempos, limitémonos a recibirle y saludarle cuando Goya crea su difundida y maravillosa *Tauromaquia*, que inicia la época de la que en realidad hemos partido al emprender este viaje crítico y comentarista a lo largo de la pintura taurina de estos últimos tiempos. Es decir, desde el momento en que la fiesta de toros se aristocratiza, adquiere preponderancia suma sobre todos los espectáculos, encontrando el máximo apoyo y protección de los propios reyes y de la aristocracia, de todas las personas pudientes y de influencia, que alternan y fraternizan en pasillos, tendidos y gradas con el pueblo, manolas y chisperos, que acuden jubilosos al coso para admirar y aplaudir a sus ídolos. Todas las clases sociales se unen en tan grata tarea, y, claro está, el auge que toma la fiesta de toros repercute en el torero, exalta su figura, que se pasea triunfadora, orgullosa y a la vez amigable, como emperador de la fama, en toda fiesta de *tronto*, en toda reunión mundana, en la que no puede estar ausente. Y este

«Un par de banderillas», lienzo del siglo XIX, no carente de encanto y soltura en la técnica, que ofrece una faceta de la lidia, o sea, un aspecto del toro, en el mismo redondel enarenado de la Plaza



El 15 de octubre de 1915, en Zaragoza

Al descabellar un toro Joselito, saltó el estoque al tendido e hirió a un espectador gravemente

La gloria de una faena, empañada por aquel accidente desgraciado

se corrió a los terrenos del 2, y allí Joselito, impaciente por la tardanza del bicho en doblar, intentó el descabello, con tan mala fortuna, que el estoque, despedido desde la cerviz del astado, después de rebotar en la maroma de la barrera, fué a herir a un espectador de las primeras filas de tendido. Casi simultáneamente caía muerto el de Trespalacios.

La ovación de apoteosis que se preparaba quedó cortada en su nacimiento. La gloria de tan gran faena quedó empañada por el desgraciado accidente.

Don Juan Manuel Arellano, bilbaíno, el espectador herido, era llevado a la enfermería, y Joselito, apesadumbrado, sentado en el estribo de la barrera, lloraba lleno de aflicción.

El herido fué asistido por los doctores Lozano, Val Carrére, Urzola, Muñoz y Rivas, y efectuada la primera cura, se hablaba de una herida penetrante, de quince centímetros, en la fosa ilíaca derecha, que interesaba el peritoneo, con fractura del pubis. Pronóstico grave.

Parte del público pidió la suspensión de la corrida creyendo que el señor Arellano había muerto.

Joselito solicitó permiso para retirarse, y le fué concedido al salir el sexto toro. Marchó en un coche al hotel de Europa, hoy desaparecido, en estado lamentable de depresión nerviosa.

El herido pasó la noche en la enfermería de la Plaza de Toros, y hubo horas en que se temió que su vida corriera serio peligro.

En la madrugada del 16 llegaron en automóvil, procedentes de Bilbao, familiares del señor Arellano, que a las ocho y media de la mañana era trasladado a la clínica del doctor Lozano.

Afortunadamente, las negruras del pronóstico de la herida se fueron despejando, y a los pocos días el herido estaba fuera de peligro.

Pero volvamos atrás para seguir las horas de Joselito, inconsolable por las consecuencias del desgraciado accidente, del que se consideraba causante, aunque de manera involuntaria.

Hasta la madrugada del día 16, en que emprendió viaje para Valencia, en donde tenía que torear, permaneció acostado en su habitación del hotel, pidiendo a cada momento noticias del estado del herido.

Su nerviosidad y su pesadumbre no tenían límite. Cuantos le rodeaban procuraban consolarle. Fuimos testigos de la escena, y tan grabada quedó en nuestra imaginación que aún la recordamos perfectamente.

Emprendió el viaje sin ilusión, como un autómatas, y dejó el encargo al empresario, don Nicanor Villa, de que frecuentemente le comunicara por telégrafo el estado del señor Arellano.

Nos figuramos la alegría que le produjo el despacho en que se le comunicaba que el herido estaba fuera de peligro.

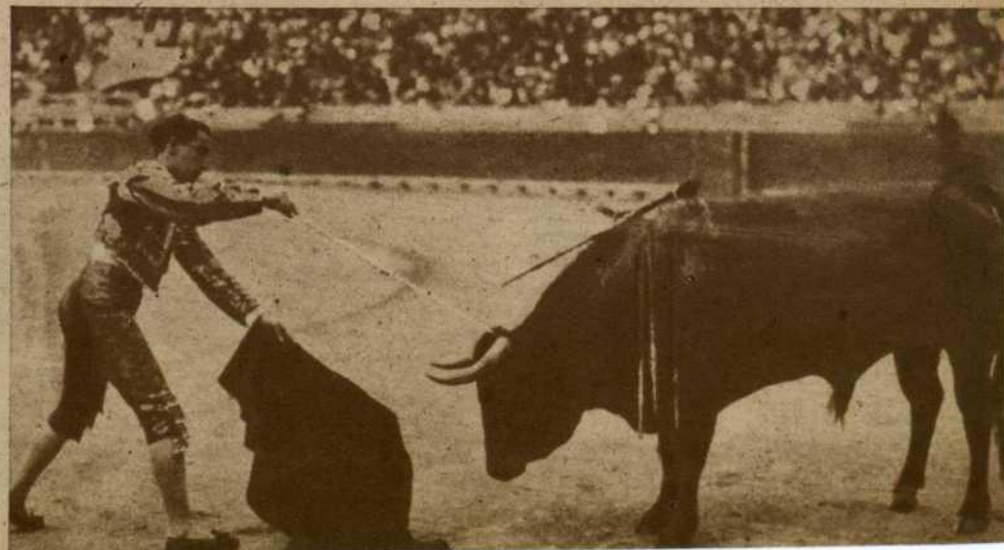
La feria del Pilar de 1915 quedaba señalada con letras especiales en el historial de Joselito. En ella mostró toda la amplitud de su arte y la riqueza de sentimientos de su corazón.

Hechos desdichados similares al ocurrido a Joselito han sucedido después. Hemos procurado informarnos de la reacción producida por el suceso en el torero causante involuntario de la desgracia, y siempre su actitud nos ha decepcionado. Formulismo, frialdad; algo, en fin, que no calaba hondo, que no llegaba al corazón.

¡Qué diferencia a lo que sintió Joselito en aquella tarde y en aquella noche del 15 de octubre de 1915!

Es que Joselito era único.

ANTONIO MARTIN RUIZ



La feria taurina del Pilar de 1915 la hizo famosa la actuación extraordinaria, afortunada, casi maravillosa, del inigualable Joselito y el desdichado incidente que como contera negra vino a pegarse a su final, amargando el triunfo a Joselito y privándole del homenaje entusiasta, fervoroso, que el público zaragozano le iba a tributar.

El día 13 de octubre se celebró la primera corrida de feria. Joselito alternó con Cocherito y Limeño en la lidia de seis toros andaluces de Medina Garvey.

Joselito hizo una gran faena en el quinto toro, premiada con oreja y vuelta al ruedo.

La segunda corrida tuvo lugar el día 14, con toros de Felipe Salas, de Sevilla, para Joselito, Belmonte y Saleri II.

En su segundo, Joselito alcanzó un nuevo éxito, seguido de la oreja consiguiente. Belmonte estuvo bien en un toro, pero no llegó a cuajar la faena. Dió la vuelta al ruedo. Saleri II, en el tercer toro, ejecutó con valor y maestría la suerte de matar a volapié, ganando un apéndice auricular.

Los comentarios de los aficionados, después de la corrida, coincidieron en los máximos elogios del arte de José, que llevaba una feria verdaderamente afortunada.

Se esperaba con ilusión la tercera de feria, que tuvo lugar al día siguiente, 15 de octubre, con viento molesto y nubes que a ratos ocultaban el sol.

Presidió el concejal don Felipe Sanz Beneded.

Se dió suelta a seis toros de Trespalacios para Joselito, Posada y Belmonte.

Posada cortó una oreja del quinto y Belmonte otra del tercero.

Pero el héroe de la tarde fué José. El toreo largo, sabio y dominador, del hijo menor del señor Fernando lució en dos toros con todo su esplendor.

Magnífica la faena en su primero, premiada con oreja y vuelta al ruedo, y memorable todo lo que realizó en los tres tercios del cuarto.

Era éste un toro jabonero, bien armado, cara seria y sobrado de romana.

Joselito lo saludó con un cambio de rodillas que salió dibujado. Luego, dos quites preciosos. Uno de ellos galleando.

En el segundo tercio, un par al quiebro y dos al cuarteo, precedidos de alegres y vistosas preparaciones.

La Plaza ardía de entusiasmo.

La faena de muleta (tuvimos la suerte de presenciarla) fué una pura filigrana. La primera parte la realizó Joselito en los medios, y la segunda en los tercios del 3. En aquella se manifestó con todo su poder el torero, fuerte y dominador, ducho en la técnica de vencer al toro. En ésta surgió el torero artista, improvisador, de repertorio amplio y florido. Hubo un momento en que el espacio del ruedo en que se realizaba la faena se vió casi cubierto de sombreros.

Una chaqueta cayó también al redondel. Joselito la cogió presuroso y con ella simuló unos cuantos pases, entre las aclamaciones del público, que ya no sabía cómo mostrar su entusiasmo.

El torero sevillano, entrando a toda ley, clavó una gran estocada.

El toro, mortalmente herido, a pasos cortos e inseguros, pegado a las tablas,



ANTE LA TEMPORADA QUE EMPIEZA

ANDALUZ HA FIRMADO YA LA FERIA DE SEVILLA

CONVER-
SAMOS con
Manuel
Alvarez, Anda-
luz, en el cam-
po, cerca de los
toros de Tulio

Vázquez —toros para toreros de corazón—, y en una espléndida mañana de tiente. Pasa el Andaluz unos días en este campo, y la charla, cuando las faenas acaban, tiene un sabor gratísimo y las cosas de la fiesta son más sinceras y claras. Charlamos entre dos temporadas: el recuerdo de la que se fué y la esperanza de la que llega. Manuel Alvarez —ya lo dijeron, entre otros, Clarito— está en posesión del más profundo toreo de capa que jamás se haya visto en nuestro tiempo. Porque así como en el arte existen las dimensiones espirituales: el arte hacia adentro, hacia las raíces, que tienen las construcciones clásicas, también hay el arte hacia afuera, decorativo, bullicioso, plateresco y colorista. En aquel arte está, en el toreo, este trianero, de morena sonrisa, de ojos melancólicos y seguro de su andar y su destino. Cuando el Andaluz abre su capote y tira de su tilla resonante y musical, el lance se torna en su propia cultura, alzándose y construyéndose sobre sí mismo. Andaluz permanece por ello en el sitio que los toreros personales, de propio estilo, de propia sustancia, se erigen sin el concurso ni la adjetivación desafortunada de nadie. He lo aquí, ante el campo, mirando a las reses, con serena actitud clásica, lleno de un sentimiento puro, como el buen cantante que "no se anda por las cuerdas" y nace, como un río, desde las mismas entrañas de la vida.

—Yo siento el toreo —nos dice— como la misma necesidad de ver o de oír. Creo que el toreo es algo indefinible. Muchas veces, cuando estoy oyendo una ovación, cuando un toro pasa, justo y dominado, hacia el terreno exacto a que lo mandó, quisiera que todos experimentasen esta emoción mía, para que viesen cómo no se parece a ninguna. Créame, ser torero es una verdadera suerte.

Andaluz nos recuerda su temporada de 1945. Una cornada, el 29 de abril, en la plaza de Andújar —gravísima, por cierto—, le cortó casi totalmente la campaña, reduciéndole las corridas y las fuerzas. A Manolo le contrarió, serena, pero profundamente, no estar presente en la feria de Sevilla, cosa que sucedió por razones especialmente particulares...

—Este año he firmado ya dos corridas para Sevilla, y sueño con esas tardes que quisie-

ra tener ya delante de los ojos—comenta el torero. Su tío —Andaluz I, fundador de la ya famosa dinastía, continuada por Manolo y Luis, el novillero— interviene, de vez en vez, en la charla, dándonos noticias datos, anécdotas.

—Dí que Manolo tiene una ambición grande: Madrid. El año pasado toreó tres corridas y ninguna salió a su gusto. Esta temporada espera que sea la de su total entrega al público madrileño, al que Manolo quiere mucho, y le gustaría dejarle totalmente satisfecho en alguna de sus actuaciones.

¿Qué opina Andaluz de los problemas taurinos, actualmente en curso de discusión y comentario? Le hablamos ante un magnífico ejemplar de Tulio Vázquez, que pasta, tranquilamente, a unos metros de nosotros.

—¿Cómo va a salir el toro este año?

—Con la misma irregularidad de peso que el año pasado. En esta del toro —habla el diestro trianero pausadamente— no caben discusiones de actualidad sino realidades campesinas. El toro no puede improvisarse.

Lo que se prepara lo exigen las necesidades de la fiesta. No da tiempo a más de lo que se hace, a mi juicio. El campo ha cruzado una crisis de recursos que no se ocultan a nadie y que se ha reflejado en la ganadería de una manera muy visible. ¿Cómo va a salir el toro —todos los toros— como se quiere, si al mismo tiempo

se busca más barato? Yo no creo que este año ni en el toro ni en los precios generales de todo el espectáculo

haya modificaciones muy notables. Espero la misma efervescencia del año último, con igual emoción entre unos y otros, la misma competencia...

en fin —resume Andaluz—, todo muy parecido. En esto del toro le diré, por último, que no hay regla fija. Yo he matado un Publloromero en Bilbao, que pesó 370 kilos y un Miura de 345 kilos, aquí en Sevilla, hace dos años.

Esta temporada también los he matado grandes y gordos, y pequeños y flacos. Tampoco creo que el peligro

—hablo desde el área del torero— aumente porque la romana dé unas libras más o menos. A mí me han preocupado toros de poco peso y de mucho. Esto no es esencial. Si lo es la lámina, el nervio, el temperamento, la fuerza, la bravura... Y todo esto es lo que no se puede improvisar.

A Manolo Alvarez le apasionan, por igual, muleta y capote. Cuando le hacemos ver que su hondura de capa

—vélazqueña— gusta especialmente al público, responde:

—Ocurre que hay momentos en que se domina más la capa, y otros en que la muleta se convierte en las manos en un poderoso medio de convicción. (Sonríe ahora el diestro y agrega:) Sí, de convicción porque ese es el toreo de muleta: convencer al toro a fuerza de trazo, que no quida otro medio que pasar por donde uno le manda.

Llegamos al caserío. Nos sentamos bajo esta fuente

luz de mediodía, ya plena primavera casi. Cantan en

ca, en la gañanía, viejas coplas dolientes. Se añora aquí la confusa explosión de voces del graderío de la Plaza, el clarín, los mantones, los sa- ludos...

—Esta temporada va a ser buena —nos dice el tío y apoderado del torero—. Hemos hecho hasta ahora, las de Sevilla, en la feria; tres corridas en Barcelona y diez con Chopera para varias Plazas del Norte.

Manuel Alvarez, Andaluz, se prepara así día tras día, en los cerrados de Domecq, de Tulio, de Benítez Cubero, para la nueva temporada.

Creo Andaluz que también será buen año para la novillería. Y dice:

—Quiero mucho a Luis, mi hermano. Espero que esta temporada se consagre como novillero. Me gustaría darle la alternativa. ¿Tiene mucha clase!...

—¿Qué opinas de las diferencias entre el toreo actual y el más antiguo que tú has conocido?

—He leído mucho acerca del toreo. Tengo libros abundantes y revistas que prueban la inexactitud de que estos problemas si an de ahora.

Hace cincuenta años se evocaba al Lagartijo grande y a Frascuelo. En 1900 se gritaba a Fuentes porque, a pesar de su clase,

no estaba todo lo bien que exigían quienes tenían más años que él. Después, lo mismo. Ahora, igual: el toro chico, la carestía, etc.

Lo que sucede es que todo esto, en una pieza, es lo que la fiesta tiene de brujería. ¿No ha visto cómo un grupo de señores venerables se

pasan, sin poderlo evitar, y dejando incluso cosas de mucho interés pendientes, se pasan, digo, varias horas discutiendo sobre si un torero hace esto o aquello mejor que otro? Esto

es la inmensa alegría del toro: su permanente pasión. Siempre la pasión, siempre esto de pasarse la vida discutiendo sobre esta época o aquella. Y ¡ojalá siga así!—exclama el trianero.

Dejamos la charla. Va a seguir la faena y ya se oye el bramido de la primera becerra en la Plaza. Silenciosamente, con ese silencio casi claustal que tiene este tipo de toreo

agreste, Andaluz abre su capa —cinceladora y profunda— y en la pureza de una verónica, ancha y sostenida, graba a cincel la clásica

armonía de su estilo.

M. G.



La dinastía completa: Andaluz II, el tío y Luis, novillero, en un descanso de la fiesta



Andaluz con su hermano, a quien quisiera investir matador de toros (Fotos Arenas)

OPINIONES IMPORTANTES

CORCITO, EX MATADOR DE TOROS, CREE QUE EL TORO DE AHORA ES MAS CHICO

Calro está —nos dice— que también el terreno es más pequeño

ANTES de hablar de Corcito, torero y apoderado, ahora, de toreros sovillanos, vamos a dejar en claro una anécdota que, algo distinta a la realidad, ha corrido por algunos periódicos y revistas. Fué esto el lance de la capa andaluza, el episodio, marchoso y pinturero que ocurrió, hace años, entre Juan Belmonte —famoso, glorioso y poderoso hoy— y este José Corzo, Corcito, hermano de aquel Corcito a quien Zuloaga pintó retador y torero y que murió, cruzado de cornadas, en una Plaza de toros de América. Oigámosle al propio Corcito:

—Aquello me pasó con Belmonte el año 11. Yo era el novillero de más cartel en Sevilla. Toreaba mucho con Zapaterito y Manolo Vázquez, tío del actual Pepín. Como ganaba mucho dinero, me hice una capa bordada en seda. Acabé una corrida con mucho éxito. Me arreglé y allá fui yo con mi capa por mi barrio de Triana, presumiendo todo lo que podía y más. Me paré en la plaza del Altozano, en el puesto del agua del Barbero, un buen aficionado. Se me acercó Belmonte, que entonces era aficionadillo, y me dijo: «José, qué capa», y la estuvo tocando un rato. Yo, con la ufanía que se tiene a los veinte años, le contesté: «Pos esto se gana con er toro». Belmonte me miró, serio, y se calló. Pero el año 12 —sigue Corcito, dándole largas chupadas al puro y sorbos al café— salió Belmonte, con novillos del duque de Tovar y al lado de Larita y Posadas, y armó tal escándalo, que se quedó sin faja, sin pechera, sin alamares, y salió en hombros pa Triana. Aquella tarde, Juan, metió la pata en la olla, como decíamos nosotros. Se lo llevó tó y nos echó pa atrás. Claro —señala con mucha solemnidad el Corzo— que aquello no lo había hecho nadie, ni lo ha vuelto a hacer nadie. Eso era na más que de Juan. Pues bien... Belmonte se mandó hasé una capa en la tienda de Quiñones, un cuñao de Bombita, ahí en la calle Tetuán. Con la capa puesta apareció, muchos días después, en la tertulia taurina del Café Central. Se sentó a mi vera, puso la capa cerca y se quedó tan serio como siempre. Me llamó la atención la capa y la toqué, sin acordarme de lo del Altozano. Le dije a Juan: «Juan; ¡buena capa!» Y Belmonte me dijo: «Pos con er toro se gana». Nos reímos todos. Al poco tiempo yo vendí la mía y Juan se compró veinte cortijos. ¡Bien ganado!

Corcito ha estado muchos años en América. La conoce desde Méjico a Bogotá.

—El año 22 me encerré en Lima con seis toros de Asín y a solas con Rosario Olmos. El primero cogió a Olmos y me quedé solo con los seis de Asín ¡y de aquellos tiempos! ¡Pa qué contarle? Toreé los beneficios de Rafael el Gallo y Bienvenida, padre, en la Plaza de Bogotá. El año 20 me hirió, muy grave, un toro, en La Laguna; en Bogotá, también, la misma tarde de la muerte de Joselito el Gallo. Yo me enteré de la cogía al día siguiente. ¡Fué horrible!

La opinión de Corcito tiene gran interés para nuestros lectores en estos tan debatidos problemas de ahora. El fué matador de toros en el tiempo de los toros «tormentosos» y ahora apodera a toreros en el tiempo del «toro bonancible». Le dejamos hablar y anotamos:

—El toro de hoy se torea con más facilidad, porque tiene menos nervio y menos sentido. Esto no lo puede negar nadie. Pero tampoco puede negá nadie —exclama Corzo— que ahora se torea en un terreno imposible. Y aquí quiero decir algo de mucho interés: En el terreno que hoy torear casi tós los toreros, no toreó antes más que Juan Belmonte. Lo demás, son músicas, y se lo digo yo, matador de toros de alternativa, que me la dió Chiquito de Begoña con Pacorro, hace ya veinti-

cinco años. ¡Vale la opinión, o no vale? Lo demás, son músicas. ¡Nadie se acercaba tanto!

A Corcito se le llamaba, en sus tiempos, el Rafael el Gallo de los novilleros. Tal era su gracia y su finura toreando. Con las banderillas era un verdadero prodigio, sobre todo con las cortas, en lo que fué un consumado maestró. Todavía se ve a Corcito, en los tentaderos y en las faenas de campo, coger, de vez en cuando, un capote y gallear y torear a la verónica como en sus años jóvenes.

José Corzo se dedica actualmente, en Sevilla, a la administración de toreros, donde hasta ahora ha tenido muy poca suerte.

—Veremo a vé —nos dice—. Veremo a vé este año, que tengo dos toreros de espanto. Joselito Montero, triunfador del año pasado en la Maestranza, va a salir el día 3 con Vito y Boni y... veremo a vé. ¡Pa mí que va a armá el espolium! Y Chaparreo —que cortó orejas y rabo en Barcelona, el año pasado, en su presentación— tuvo la mala suerte de la gravísima cogía en Sevilla y se quedó en el cruce de trenes. ¡También lo vamo a vé! —exclama Corcito, mientras nos hace entrega de un folleto, interesantísimo y muy original, por cierto, que le ha hecho a Chaparreo, el bravo novillero de Dos Hermanas.

Y pide otro café y enciende otro puro. (Hemos charlado casi dos horas).

LUIS DE BARJA



Joselito Montero, con su apoderado, Corcito, en las faenas de tienta celebradas en la ganadería de Benítez Cubero (Fots. Arenas)

EN EL V ANIVERSARIO

UN EPISODIO INEDITO DE LA VIDA DE GUERRITA DE COMO UN ARTICULO DE FELIX ROS, EL HEROE EN SU ESCAPARATE, MOTIVO EL ULTIMO REPORTAJE QUE SE HIZO AL CALIFA

RAFANEL Guerra Bejarano, Guerrita, murió en Córdoba, tal día como dentro de siete años. —21 de febrero— hace exactamente cinco años. A nosotros nos cupo el honor de hacer a Guerrita la última información periodística que se publicara antes de su muerte, información que fué motivada —ahora lo declaramos por vez primera— por un episodio inédito de la vida del "Califa" del toreo.

Verán ustedes:

El día 5 de mayo de 1940 se publicó en el diario local, a cuya Redacción nosotros pertenecíamos, un artículo, firmado por Félix Ros, con el título *El héroe en su escarapate*. Era un trabajo de colaboración, que fué reproducido por otros periódicos de España, y cuyo contenido pasó inadvertido para el propio director del periódico cordobés, ajeno a que en él se tratase tema de tanto arraigo local cual era Guerrita y su Club.

Efectivamente, el artículo en cuestión trataba de forma un tanto despectiva al gran ex torero, calificaba de "decorativo y teatral" al Club Guerrita y terminaba afirmando que éste era un escarapate, donde Rafael Guerra, ante un pequeño velador, "y siempre sin tomar nada", se exhibía, rodeado de devotos amigos o admiradores. Esto y algunas cosas más decía el artículo.

¿Han leído ustedes, por ventura, el revuelo —la alarma— que suscitó aquella hiperbólica crónica de Don Modesto, en la que se decía que Guerrita podía, si alguna vez le precisaba ganarse la vida, ocupar el puesto de "mozo de estoques de Joselito"? Pues algo parecido ocurrió en este caso. Protestaron los íntimos del Guerra. Protestó la Directiva del Club. El director del periódico presentó sus excusas. El, en efecto, estaba ausente cuando el artículo se dió a las cajas; apenas repasado por el redactor jefe... ¡Quién había de suponer que encerrase, en cierto modo, un ataque contra una institución tan cordobesa cual era Guerrita!

Se aceptaron las indudables razones aportadas por el periodista. Pero se acordó hacer al "Califa" un "desagravio" en el mismo periódico. Y fuimos nosotros —azares del destino— los designados para la información.

—Hará usted —nos ordenó el director— un amplio reportaje de Guerrita y su Club.

Y una bella noche de aquel mes de mayo, al Club Guerrita fuimos a cumplir la misión periodística encomendada, que no era nada fácil, por supuesto.

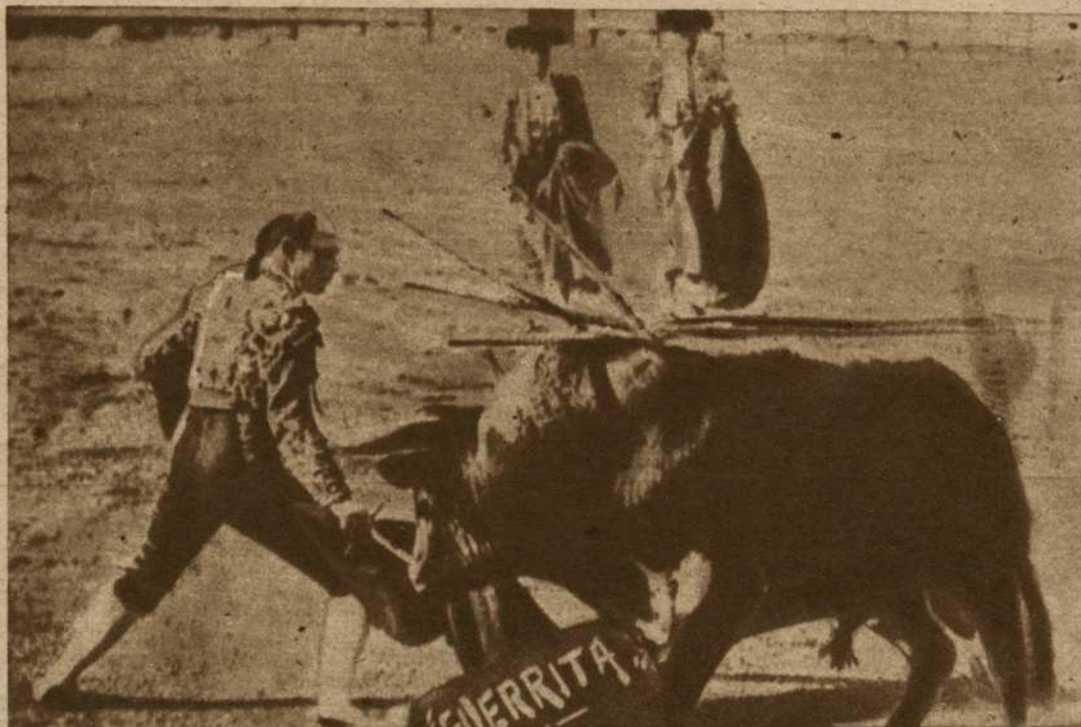
Luis de las Morenas (q. g. h.), el simpático secretario "perpetuo" del Club, salió a recibirnos al estrecho pasillo, a cuyo frente desafiaba al visitante la terrificada testa del castaño Hortelano, de Seguí, muerto por Lagartijo en Badajoz el 16 de agosto de 1866, en una corrida en que actuó de único espada.

Rafael Guerra, aquella noche —como tantas otras noches desde su retirada— se encontraba en el "vocador salómico" —bajo el techo andaluz que pintó Beltoda-

no—, conforme se entraba, a la derecha, rodeado de incondicionales. La escena se reflejaba en los ojos extáticos, vidriados, de Cabrito, Listón, Marqués, Rafón, aquellos toros que en la ruda pelea circense lograron celebridad para su nombre. Guerrita charlaba indiferente, en medio del coro de amigos, mientras se envolvía, alhito de placer, en los empujes de humo de su inseparable "vegüero". Morenas hizo las presentaciones. Rafael Guerra —sin descruzar las pieznas— nos acogió con su ancha y ruda cordialidad. Siguió después hablando —sentenciando— en voz

Poco más habló de toros Rafael Guerra. Habló de la feria de mayo cordobesa, ya próxima. Nos hizo saber su intención de pasear a caballo por el ferrial. ¡Gustaba tanto de llevar su mancha y touira estampada en esos días, ante la admiración de sus paisanos!

Y terminó la charra, que no había sido dedicada solo al periodista. Guerrita, a nuestras preguntas, contestaba en voz alta, admitiendo sus comentarios —siempre favorables a la opinión del ex diestro— de sus amigos. Estos, como uno solo, levantáronse al punto que Rafael lo hizo. Eran las doce y media de la noche. Guerrita tomó la iniciativa de la marcha. Le siguieron todos. Cuatro o seis a lo sumo. Nosotros también. Era la costumbre. Gran Capitán adelante, llegamos a Górgora, 34. Rafael sacó la llave. Entrecerró la puerta. Y desapareció, tras de lanzar un "¡Buenas noches!" como lacónica despedida.



Guerrita, en Sevilla, sacando de las tablas a un toro de Miura. Al fondo, el gran peon Juan Molina y el banderillero Antonio Guerra. Este fotografía, ampliada, figuró siempre en el Club Guerrita de Córdoba

alta sobre temas que no eran precisamente al que nosotros queríamos llevarle. Por fin, Morenas inició la charra. Y Guerrita habló de su vida y de su arte. No quisimos nosotros sobrecogerle —contar su franqueza— con la presencia del cuaderno de notas. El nos contó "su día", dedicado a su hogar, a su hacienda —Las Cuevas, El Patriarca— y a su Club; su gran cariño por su esposa, doña Dolores Sánchez Molina, y por sus hijos y por sus nietos, y evocó sus azares profesionales. Resaltó, sobre todo, el acontecimiento cumbre de su vida. Aquel día —19 de mayo de 1896— en que mató nueve toros e hizo dos viajes en ferrocarril. A las siete de la mañana, Saltallos, en San Fernando, con Pepete. Vestido de luces manchó a Jerez, donde, a las once y media, lidió bichos de Cámara, alternando con Fabrilo, y a las cinco de la tarde, en Sevilla, se las entendió con Murubés, en compañía de Antonio Fuentes.

ilustre de Córdoba, el pastor Julio Romero de Torres. Y en los días luminosos de la feria cordobesa, Guerrita cumplió su palabra y paseó su garbo señorial —¡por última vez!— sobre una de sus jaecas, fina y nerviosa, entre la exclamación admirativa: "¡El Guerra! ¡Ahí va el Guerra!", de propios y extraños.

Y aquella feria —también por vez postrera— las mujeres de su tierra recibieron el homenaje fervoroso del viejo ex torero, en la última "begrada de convite" que organizara el Club Guerrita...

La enfermedad —incurable— que aquejaba a Guerrita fué mianando poco a poco aquella naturaleza fuerte, que parecía invencible. No volvió Rafael Guerra a hablar para la Prensa. Ni a montar a caballo. Ni a frecuentar el Club. Ni a presidir su ya tradicional y típica becerrada. Su figura, tan familiar en Córdoba, fué desapareciendo del panorama callejero. De España y de América se inquirían a diario noticias del estado del famoso ex diestro. Tal era de inmensa su popularidad.

Y el 21 de febrero de 1941 se extinguió la vida de Rafael Guerra, Guerrita. Hace en estos días exactamente cinco años. Y aun las peñas taurinas se llenan de las grimas al evocar la gigante figura del torero cordobés.

Balsamo Azul

UNGUENTO ANTISEPTICO
PARA ACCIDENTES Y ENFERMEDADES DE LA PIEL

QUEMADURAS - GRANOS - ULCERAS - HERIDAS

Censura sanitaria num. 3970
VENTA EN FARMACIAS



ESTAMPAS DE OTROS TIEMPOS

EL TOREERO RETIRADO

Es la vida de los toreros —de los buenos toreros, de los que sienten muy adentro su profesión— quizá el peor paso, el más amargo, sea el que dan al cortarse la coleta. El clamor de los públicos se les debe de quedar caracoleando por el tímpano; el trajín de su ir y venir de una Plaza a otra; la emoción de los paseillos; la alegría de superar las dificultades y los peligros; la salida en triunfo; la camarilla, el primer plano de la actualidad, todo este conglomerado de emociones, ansiedades y satisfacciones debe irseles representando, poniendo delante de su vista en rápida película que tira de ellos hacia la vida que dejan.

No importa que la etapa que empiezan se les presente fácil, llena de comodidades —justo premio de sus esfuerzos—. Quizá hasta esto sea contraproducente. El brusco cambio que se opera en sus actividades, la vereda sedentaria que se abre ante los años que le restan, es tan dispar que, a pesar de la llanura del camino, por falta de costumbre, debe aparecersele montañosa.

Quizá esto mismo le sucediera al Algabaño, del cual es la fotografía que ilustra esta página, cuando dijo adiós a los ruedos. Muchos días de insomnio quizá le costara su decisión. Hubo de serle difícil acostumbrarse a la poltrona, al sillón cómodo, y contentarse con leer las reseñas de los

acontecimientos taurinos de los que habían sido protagonistas otros toreros. Sin embargo, en el momento en que el fotógrafo ha disparado su máquina, si al Algabaño le hubieran preguntado si estaba contento de aquella decisión de entonces, de seguro que habría contestado que sí. Porque es en estos momentos cuando él se pudo dar cuenta exacta de la trascendencia que tuvo su firme voluntad. Es cuando puede caer en la cuenta de lo bello que es coronar la vida apoyado en la juventud de sus retoños.

Pero aun tenía otra razón poderosa. Y esa razón se la apoya en el mismo sillón, junto a su brazo: su hijo. Otro Algabaño que salió a los ruedos a recoger las ovaciones que aun temblaban en el aire por su padre. Y que siguió sus huellas y continuó su labor.

Y entonces ya podía leer el fundador de la dinastía las reseñas, los comentarios de las corridas. Sin sentir no encontrarse él mismo entre los lidiadores.

Porque ya era su sangre la que andaba burlando con alegría y salero las tarascadas de muerte de los toros.



PEDRO AIXELA TORNER, PEROY



El primer catalán matador de toros, estoqueador valiente y torero poco ducho, que no llegó a confirmar su alternativa en Madrid, nació en Torredembarra (Tarragona), el 16 de octubre de 1824. Fue en sus años mozos carrero, y como tal acompañó muchas veces a su padre, que era mayoral de una diligencia que hacía el recorrido de Barcelona a Zaragoza. Muerto el

padre, siguió Pedro en su oficio; pero se aficionó a las capeas, dejó su profesión y asistió a cuantas fiestas taurinas pudo.

El 8 de septiembre de 1852 debió torear en Barcelona José Redondo, pero no pudo hacerlo por hallarse enfermo el día de la corrida. Redondo aprovechó su viaje a Barcelona y fue al balneario de Caldas de Montbuy. Vuelto el Chiclanero a Barcelona, vió torear a Peroy en una encerrona, y aseguró que el catalán podía ser un buen torero. Por entonces parecía absurdo que un catalán pudiera dedicarse con provecho al arte del toreo; pero la autoridad de Redondo era tal que nadie discutió la opinión del matador andaluz, y ésta animó a Pedro a seguir su inclinación. Redondo murió pronto, y no pudo cumplir su promesa de ayuda al torero catalán, que, en 1853, fué como banderillero en la cuadrilla del novillero Basilio González (el Sastre) a Nîmes (Francia). Con el Sastre toreó varias corridas en Francia y aprendió las modalidades del toreo landés.

En 1855 figuró, en varias corridas celebradas en Barcelona, como banderillero, y el 1 de julio de dicho año, Manuel Arjona le cedió la muerte del toro Peineto, de Lermejo. Fué la primera vez que en espectáculo de categoría mató un catalán.

Actuó después en Plazas de toda la Península, y a primeros de año de 1860 se presentó en Madrid. Gustó su trabajo; toreó más corridas en Madrid, en el resto de España y en Francia.

En 1863 fué a La Habana, contratado para torear seis corridas y a su vuelta actuó en Madrid.

El 12 de junio de 1864, próximo a cumplir los cuarenta años, Peroy tomó la alternativa en Barcelona, de manos de Julián Casas, el Salamantino. Actuó de segundo espada José Antonio Suárez. El toro de la cesión se llamaba Silleteo, y, como los restantes de la corrida, era de la ganadería del marqués de la Conquista. No confirmó su alternativa en Madrid; pero alternó en los ruedos españoles con los más famosos matadores. En 1870 toreó mucho en América del Sur, sobre todo en Buenos Aires y Montevideo.

Regresó a España en 1871, muy mermaidas ya sus facultades, y toreó poco.

El 26 de junio de 1874, toreando en Barcelona con el Gordito, sufrió una grave cogida. No

repuesto de la cornada, salió a torear en el mismo ruedo, en la corrida a beneficio de los héroes de Puigcerdá; pero, a petición del público que vela en constante riesgo al matador catalán, tuvo que abandonar el ruedo. El 24 de agosto de 1879 toreó su última corrida en Barcelona, en función organizada a su beneficio, y en la que se lidió ganado de Carriquiri.

Falto de recursos, vivió retirado en Barcelona, y, tras larga enfermedad, falleció el 4 de marzo de 1892, en el Hospital del Sagrado Corazón.

E.



XEREZ-QUINA

EL APERTIVO
QUE TOMA
TODO
EL MUNDO



VALDESPINO
JEREZ

JOSE LUIS VAZQUEZ, NOVILLERO MEJICANO

Se llama como el garboso maestro de San Bernardo, de Sevilla, y puede llamárselo.

José Luis Vázquez—en la contemplación de esas fotos se comprueba—engarza el arte y la emoción en cuanto ejecuta, por imperativo de su afición, de su valor y de la gracia de que está ungido desde que por primera vez se vistió de luces. Novillero-puntero en su tierra, José Luis Vázquez llegará a España próximamente y se presentará al público de la Maestranza de Sevilla el día 5 de mayo.

Y sobre el albero de la prestigiosa Plaza andaluza, José Luis Vázquez ratificará, seguramente el prestigio de que tan ruidosamente viene precedido en su calidad de novillero-puntero, entre la torería mejicana.



JOSE R. MANFREDI
APÓDERADO

HURTAS, 54
MADRID Tel. 77986

ANTONIO RANGEL CREE QUE NO ES JUSTO REBAJAR EL ESPECTACULO TAURINO CUANDO LOS DEMAS SE ENCARECEN

HAN dado su opinión sobre el posible abarataamiento de la Fiesta Nacional, empresarios, matadores de toros, apoderados y un aficionado. Quedan aún varios sectores de opinión taurina sin consultar. Pocos ya. Los novilleros nada nos habían dicho, y los toreros mejicanos tampoco. Antonio Rangel nos pareció muy a propósito, por su doble condición, para hacerle las preguntas a que otros han contestado ya.

A lo que entendemos, por lo que unos y otros nos han dicho, milagro será que en la temporada taurina, ya próxima, no suframos los aficionados un nuevo ataque a nuestras carteras. Que todo nos vaya muy bien en el orden económico, o no podremos permitirnos el lujo de presenciar tal cual novilladita. Y no digamos nada de corridas de toros, pues quienes a tales festejos concurren estarán considerados como potentados, y si, por el contrario, en no pocos casos, no lo son y logran pagar el importe de su localidad a costa de privaciones, están irremisiblemente perdidos. Nadie los creerá cuando hablen de sus necesidades, y, si por suerte o por desgracia, trabajan en alguna empresa particular, se incapacitan para solicitar aumento de sueldo, porque, ¿quién no tendrá por persona fabulosamente rica a toda aquella que tiene capacidad económica bastante para sufragar, sin recurrir a empréstitos, el gasto que va a suponer la adquisición de una localidad para presenciar una corrida de toros? Asusta, y no poco, pensar en las consecuencias que para los aficionados puede tener la próxima temporada. Pero parece que no hay remedio a los males que se avecinan. Y decimos parece porque hemos oído decir muchas veces, en casos parecidos, que lo último que ha de perderse ha de ser la esperanza. No la perdamos, pues, hasta el último momento, por muy negro que parezca el porvenir.

Antonio Rangel no fué a Méjico este año. Temía que sus familiares pusieran cuantos obstáculos les fuera posible para impedir su re-



Antonio Rangel, novillero mejicano

greso a España, por lo menos durante un año; y el novillero mejicano, que vino a torear a nuestros ruedos con la gran ilusión de hacerse aquí matador de toros, no quisiera volver a su país sin haberlo logrado.

Quiso aprovechar los meses de invierno para adiestrarse en tientas y herraderos; pero el mal tiempo ha hecho que las faenas camperas hayan tenido que ser retrasadas, y, hasta el momento, Rangel no ha hecho más que no descuidar su forma física, por medio de constante ejercicio y frecuentar los círculos y Peñas en los que el tema taurino es el único que se debate. Más adelante, cuando el tiempo mejore, irá a tierras de Salamanca y toreará en algunas tientas.

Cree el mejicano que, durante 1946, habrá menos corridas de toros que en 1945, y, por tanto, más novilladas. Si, por otra parte, como se pretende, se permitiera torear a pie a Conchita Cintrón, ello serviría también para que se diera gran número de novilladas.

Le preguntamos por Luis Procuna, torero del que se dicen grandes cosas. Antonio Rangel nos dice que hace muchos meses que no ha visto torear a Procuna. Este siempre fué artista excepcional, y si antes no alcanzó el nombre y la fama que ahora tiene fué, sin duda, porque le faltó decisión. Las noticias que ahora le llegan le hacen creer que Procuna ha emprendido una nueva etapa de su vida torera. Antes, al lado de actuaciones extraordinarias, tenía otras grises, producidas por la desgana; ahora, sus éxitos se suceden con gran frecuencia, y esto no lo consigue un torero, por grandes que sean sus méritos, si no está animado de un gran deseo de hacer cuanto esté de su parte, dando al olvido tardes de apatía.

Nos habla luego de lo diferente que para los to-

rereros es la lucha en España a la de Méjico. Aquí hay que contar con la casta que los toros tienen, casta que los toros mejicanos no poseen. Tampoco se ha de olvidar que aquí la temporada es muy seguida. En Méjico, cuando un torero tiene una mala raucha, como las corridas son más espaciadas, tiene tiempo de reponerse. No así en España, donde un torero extraordinario puede llegar a torear hasta treinta corridas en un mes. Por otra parte, las corridas de feria son una lucha constante para los lidiadores. Lo que se hace, por ejemplo, en la feria de Valencia, de nada sirve para la de Zaragoza, por mucho que la propaganda airee los éxitos.

Estima Rangel que no sería justo abaratar el espectáculo taurino cuando otros, el cinematógrafo, por ejemplo, se encarecen casi de continuo. Los toros nunca fueron espectáculo barato y siempre han estado en relación con el costo de vida.

Los ganaderos, una vez desaparecido el tipo de criador de reses bravas, que mantenía su vacada a sabiendas de que económicamente era un fracaso, no pueden, por motivos de todos conocidos, rebajar el precio de los toros.

Tampoco los toreros pueden renunciar a parte de sus honorarios. En primer término, en la mayoría de los casos, los toreros cobran menos de lo que la gente dice; luego, no se tiene en cuenta que los gastos de los lidiadores son tales que, por lo común, los matadores no perciben más del 40 por 100 del total de su contrato, y, finalmente, con ese 40 por 100 han de llevar un tren de vida muy superior al de otras gentes de superior posición económica.

Todo lo apuntado, unido a la importancia que los impuestos tienen en el espectáculo taurino, obligan a los empresarios a hacer los cálculos sobre la base de defender su negocio, sin grandes posibilidades de llegar a convertirlo en asunto próspero.

Lo que queda dicho es lo que Antonio Rangel piensa sobre el negocio taurino en España.

BARICO



Aficionado a los caballos Rangel no pierde ocasión de ejercitar la hípica.



Hele aquí dando rienda suelta a sus aficiones deportivas (Fots. Mazzano).

LOS QUE FUERON FIGURAS

ANTONIO DE LA HABA, ZURITO gozó de gran fama como matador de toros

Actualmente es asesor de la Plaza de Córdoba y modesto funcionario de la Diputación provincial



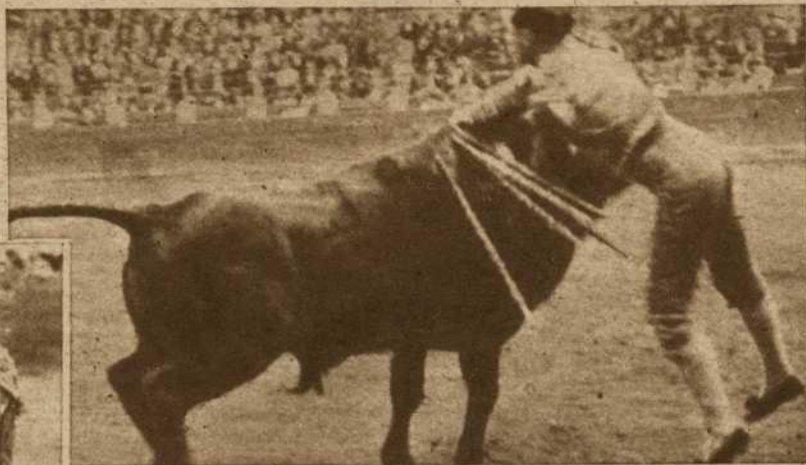
Momento de tomar la alternativa Zurito de manos de Manolo Martínez, en Granada

EL señor Manuel de la Haba, Zurito, aquel famoso piquero que cosechó abundantes laureles en las primeras cuadrillas de su época —Guerrita, Algabeno, Conejito, Machaquito, Manolete, Posada...—, tuvo nada menos que nueve hijos. Dos de ellos —José y Francisco— siguieron las huellas de su progenitor, dedicándose al arte de picar. Antonio —el sexto de los vástagos, nacido el 15 de noviembre de 1901— tuvo, en cambio, vocación de ser torero de a pie. Y llegó a escalar un destacado puesto en el escalafón de matadores de toros y a gozar de gran fama por su depurado estilo de estoqueador.

Ante nosotros está hoy, en charla para EL RUIEDO, el Antonio de la Haba actual, modesto funcionario de la Diputación Provincial de Córdoba, dispuesto a evocar aquellos días, no tan lejanos, en que el apodo de Zurito campeaba en los programas taurinos, en gruesos caracteres, junto a los de Rafael, el Gallo, Belmonte, Chicuelo, Lalande, Sánchez Mejías, Valencia II, Nacional II, Villalta y otras figuras de la época.

Zurito nos dice que pocas fechas, a no ser las más importantes de su vida taurina, tiene grabadas en su memoria.

—Recuerdo —agrega— que a los catorce años salí a matar la primera becerra en Córdoba, alternando con el Melonero y Verdades. Y mi presentación con traje de luces, también en Córdoba, con reses de don Antonio Velasco Zapata, y de compañeros Manuel Martínez, Viruta, y Francisco Bejarano, Torerito. Luego, ya con caballos, actúe en mi tierra, con Pablo y Marcial Lalande, una novillada de Pedrajas. De ésta a Barcelona. Allí actúe con Pedrucho y Ferrazano. Ya entonces era yo novillero puntero...



En esta fotografía se muestra el estilo de Zurito como estoqueador

—La máxima aspiración de todo artista, de presentarse ante el público de Madrid —prosigue Zurito—, la vi cumplida el 25 de agosto de 1922. Alterné con Andaluz y Fuentes Bejarano en la lidia de seis novillos de Netto Revello. Aquel año firmé cuarenta novilladas, de las cuales sólo pude torear veinticuatro, por mor de un percance. En 17 de septiembre, en Jerez de la Frontera, alternando con Chicca y Chanito, un bicho de Urcola me infirió una grave cornada en el muslo izquierdo. Fue aquél mi bautizo de sangre.

—¿Qué corridas sumaste los años siguientes?

—Oscilaron entre las veinticinco y treinta. Y alterné con éxito en las principales Plazas junto a Algabeno, Litri, Agüero, Latorre...

—Dos años tan sólo actuó Zurito como novillero. Sus triunfos, sobre todo en el manejo del estoque —practicaba limpia y gallardamente el clásico volapié—, le llevaron al doctorado. Y el 26 de octubre de 1924, en Gandía (Valencia), Manolo Martínez le otorgó la investidura de doctor, con toros de



El conocidísimo y popular empresario de las Plazas de Toros de Barcelona, don Pedro Balañá, durante su última visita a Sevilla, en compañía del futuro matador de toros Rafael Martín Vázquez, a quien el señor Balañá ha firmado una corrida de despedida como novillero ante el público barcelonés y dos corridas de toros, una de ellas mano a mano con su hermano Pepín Martín Vázquez.

Rafael tiene ya comprometidas diferentes corridas de toros en Méjico.

En nuestra próxima temporada, Rafael Martín Vázquez ocupará lugar preeminente entre los matadores de toros.



Antonio de la Haba, Zurito, en la actualidad

Vicente Martínez y Litri de Estigo. El 14 de junio de 1925, en Madrid, Emilio Méndez confirmó a Zurito el doctorado, cediéndole el toro Corchero, de Aleas, a presencia de Nacional II.

—¿Cuántas temporadas hiciste de matador de toros?

—Siete. Los primeros años me mantuve a un promedio de treinta corridas. Pero en 1927 me acometió una enfermedad, una especie de disnea, que me obligaba muchas tardes de corrida a retirarme a la enfermería. Descendí entonces en número de contratos. Algo mejorado, en 1929 actué en Lima en varias corridas. De regreso, había perdido mi sitio... Intenté recuperarme, pero...

Prosigue Antonio de la Haba su relato. Ahora nos dice, con un dejo de amargura:

—Había que imponerse a las circunstancias. Yo tenía un nombre en el toreo. Y una familia a la que mantener. Y en 1931 decidí torear como novillero. Cuatro años actué como tal. Sin mucho éxito. Sólo interesaban las figuras jóvenes y el toreo tal y como ahora se "hace". Mis volapiés ya no alcanzaban las ovaciones que en mis buenos tiempos. Pero la vida se guía. Y era preciso hacerle frente. Bandillerero fué entonces Zurito, a partir de 1936. Marcial Lalande, Morcino de Valencia, Manolete, Casado, Del Pino, me dieron toros.

—¿Y te retiraste definitivamente?...

—El domingo de Resurrección de 1943, en Córdoba, actuando a las órdenes de Miguel del Pino, un novillo de García Pedrajas me produjo una grave cornada en la pierna derecha. Poco más toree después de curado. No estaba ya en condiciones físicas de luchar con los toros...

Antonio de la Haba, Zurito, vive, pues, actualmente en Córdoba. Lleva una vida modesta, ceñida a su humilde cargo burocrático en la Diputación Provincial. Y tiene esposa y siete hijos, que constituyen la razón de su existencia y de su lucha. Pero Zurito aún conserva su prestancia de matador de toros. Y en día de corrida suele versele, con su mejor terno y tocado con el clásico cordobés, desempeñando el cargo de asesor en el palco presidencial.

—El día 8 de abril de 1944 —nos dice— me fué extendido el nombramiento.

Y Zurito sigue hablándonos de su arte y de su vida —de sus niños!—, mientras nosotros preparamos la última pregunta:

—¿Qué opinas, Antonio, de los toros de tu época, en relación con los de hoy?

—Mira; los toros de hoy cogen y hieren como los de entonces. La diferencia que existe es que entonces —es un decir— se te venía encima un vagón; ahora, un vagoneta...

La comparación nos parece muy gráfica y elocuente.

Zurito sonríe...

JOSE LUIS CORDOBA

(Fóts. Ricardo)

El público incendia la Plaza de Torreón

Si ustedes han leído la noticia que de origen particular hemos dado esta semana en nuestro diario, les habrá sobrecogido. Eso de que el público, en vista de la mansedumbre de los toros, haya incendiado la Plaza, seguramente que les ha parecido excesivo y hasta lindo con el proceder de cualquier tribu de color achazolado.

El que esto ocurra en un país civilizado resulta inquietante —nos dirán—, pues supone la pérdida absoluta de la compostura y de la educación que nuestros mayores se propusieron inculcarlos con tanto ahínco y entusiasmo. Esta manifestación —quizá continúe— nos retrasa unos siglos, equiparándonos a aquellos señores barbudos que deambulaban envueltos en unas pieles y con una porra descomunal en la mano.

Sin embargo, nosotros creemos que se exceden en la opinión si es que así se expresan. Porque si ustedes han leído el telegrama, habrán observado que el tumulto no se produjo hasta el quinto toro.

Es decir, que ellos esperaron pacientemente hasta comprobar si sus antepasados les habían engañado, cuando les dijeron aquello de que «no hay quinto malo».

Lo cual supone cierto respeto a lo tradicional, muy digno de tenerse en cuenta.



Las Empresas de Zaragoza, Bilbao y Barcelona, en estos últimos días, han visitado los campos andaluces para comprar corridas. Pero a Salamanca no va nadie.

Y es que en Salamanca deben saber ya demasiado.

Balaña está muy pesimista. Ni ve bien a la Fiesta ni cree que ahora sea momento para hablar de abaratamiento.

Y mucho menos si se tiene en cuenta que esto lo ha dicho después de comprar treinta y siete corridas andaluzas.

Ahora resulta que después de todo el tinglado que se armó alrededor de la elección de Arruza para presidente del Montepío, se ha quedado reducido a nada. Hasta el espada mejicano ha puesto un telegrama aceptando.

Y es que los toreros, con tal de darle vueltas a las cosas...

Lo más acusado de la temporada mejicana, aparte de la actuación del cordobés, ha sido la mansedumbre de los toros. «Burros con cuernos», dicen que han sido.

Entonces no es extraño que se hayan hecho algunas «burradas».

Como en Torreón...



Villita y el toro cornalón

EN cierta ocasión tenía Nicanor Villa, Villita, que estoquear seis toros, en una Plaza española.

Este torero tenía por costumbre ir al apartado para ver los toros.

Por tanto, en esta ocasión a que nos referimos, Villita fué a ver la corrida. Había encerrados cinco toros iguales de tamaño y cornamenta; el otro era un cornalón enorme.

Cuando lo vió Nicanor preguntó al mayoral si pertenecía a la corrida que tenía que matar él aquella tarde. Como se le contestase afirmativamente, replicó inmediatamente:

—Pero, oye, ¿se ha creído tu amo que yo no hago falta en casa?

¡Para la sombra y el SOL!

Los sombreros de las señoras

A mí me pasó un día. Yo había sacado en la taquilla mi entrada. Un frasco de sombra, para el cual había estado reuniendo, peseta a peseta, desde la temporada anterior. Cuando estí que ya tenía la cantidad necesaria para poderme acercar a la calle de la Victoria, esperé a que se anunciara un cartel de mi gusto.

Por fin, llegó la fecha, y fui a la Plaza, provisto de un buen veguero. Llegué pronto, porque a mí me gusta sobornar la fiesta desde su iniciación. Encuentro agradable el contemplar la llegada de los espectadores, que, poco a poco, van llenando el graderío, y además —hombé, cómodo— prefiero esperar sentado el «clarín» del clarín, sin tenerme que someter a los «mpuñones» y sudores de los últimos instantes.

Pase bien; como digo, llegué pronto y me coloqué en mi fila. Bron —lo recordaré siempre— los cinco. Yo estaba contento porque esa altura me agrada y porque no me tocaba cerca la escalera.

Medí con la vista la distancia que me separaba de la arena, y quedé complacido.

Aquí iba a ser para mí un gran día, a poco que la suerte me acompañase. En cuanto los toreros pusieron algo de su parte.



Pocos momentos antes de empezar llegaron, just-antes, dos señoras y se colocaron en la fila que tenía yo delante.

Al principio, no noté nada. Ellas estaban, de pie, mirando de una parte a otra de la Plaza, tratando de encontrar ciertos caras conocidos. Cuando las hallaron, se acomodaron, acicaláronse y dispusieron a no perder detalle.

Sonó el clarín, y yo, también, me senté. Salieron los cuadrillas, y salió el primer toro. Y empezó mi tragedia. Aquellos señores llevaban sombrero; pero qué sombrero! Mi campo visual se hallaba completamente tapado por la «torre» que aquellos damas se habían puesto sobre la cabeza.

Adiós mis esfuerzos y mis ahogos. Adiós mis ilusiones. ¡Pero aquello no podía ser! Me decidí a defender mis derechos. Fuieto que había pagado, yo podía ver la corrida.

Amablemente la rogué que se lo quitase. La hice ver lo que yo había pensado en esta comedia y lo que había tenido que afrontar para conseguir mi propósito. Me miró de arriba abajo y ni siquiera me contestó.

Esto me inquietó. Ella no estaba decidida a transigir, y pensé que la cosa se ponía fea. Pero yo no podía contentarme, porque no había venido a ver el sombrero de la señora, sino la corrida. Me fui a las autoridades y les conté mi caso. Ellos me contestaron que, en esta clase de espectáculos, las señoras no tenían obligación de quitarse el sombrero. Volví a mi sitio, y me dedicué a ver aquella imponente «torre» que llevaba la bella espectadora. Era muy bonita.

De la corrida me enforcé a salir.

LOS ESPONTANEOS

Por DON INDALECIO

A FORTUNADAMENTE, los «capitalistas» o «espontáneos», en una corrida de toros, constituyen valores en baja. Quizá sea una de las causas principales de la paulatina desaparición de esta pintoresca verruga del espectáculo la diferente manera de formarse modernamente los toreros. Una tienda, una engronera, una fiestecita particular, organizada por el padre o el protector del lidiador en ciernes, seguidas de una plana, media plana, un cuarto de plana, publicadas en un diario de profusa difusión, logran más, en estos tiempos, en pro de la buena carrera de un «niño», que antaño los tropicónes de toros viejos y placeados y los varazos de la «sana afición local» en una capea pueblerina, o el lanzamiento apresurado al redondel desde las primeras filas de un tendido de sol, entre la persecución de los toreros y el acogimiento final, entre barreras, por los amorosos brazos de los guardias.

Con la desaparición del «espontáneo», ¿se ha perdido algo? No; no se ha perdido nada. Pararse ante un toro, en su estado de levantado, con una chaqueta o un trapo rojo y viejo, a guisa de muleta, no significa nada positivo para descubrir a un presunto torero ante un público competente. La historia del toreo está llena de los nombres de irreflexivos muchachuelos que, en acrobático salto, sin tocar la maroma con pies ni manos, desde el tendido al ruedo, perdiendo acaso el preparado engaño, que un avisado guardia les arrebató al verles planear en busca de la gloria, dieron uno, dos, tres, media docena de pases por alto —y que los partidarios de los «estatuarios» reflexionen y hagan examen de conciencia—, ante el revuelo de las cuadrillas, que querían quitarle el toro, y entre las frases y los aplausos de aliento de los «morenos» del graderío, que siempre se inclinaron del lado de los humildes. Y entre tantos nombres, que ocuparían millares de páginas, ¿cuántos «espontáneos», cuántos «capitalistas» colocaron en ese instante la primera piedra para elevar sobre ella un sólido edificio de la fiesta que se hiciera famoso? En la vida provinciana, más que en la vida de Corte, los aficionados de peleón y tasca, los que están al tanto de las primeras andanzas de la torería local, saben siempre quiénes son estos chiquillos que aspiran a darse a conocer en su papel de toreros al margen de las cauderas.

—¿Habéis visto cómo ha estado Antoñito, ese chaval limpiabotas? ¿Qué muletazos más importantes! Ese, antes de seis meses, es «el amo».

Mas la alegría dura poco en las mansiones de los desheredados con coleta «honoraria». Y de esos presuntos grandes toreros, transformados, de «capitalistas», en novilleros de una tarde —contrata conseguida con apoyo de aquella media docena de muletazos triunfales, en ocasión, casi siempre, de desgracia para los toreros profesionales—, pocas veces continuaron con éxitos verdaderos y perennes. El «espontáneo» triunfante pasó en seguida a novillero fracasado, que no es lo mismo dar unos



Cartel de toros en el que el asunto gira alrededor de la figura del espontáneo



muletazos al revuelo de unos capotazos, y aun al amparo de ellos, que hacer toda una faena a una voz de mando imaginaria, pero cierta, que le dice al principiante: «¡Anda con él, que todo el toro es tuyo!»

El pintoresquismo del «espontáneo» desaparece, como tantos otros pintoresquismos que ya no tenían razón de existencia, como se fué la falda de percal «planchá», los boticarios

con patillas y los honrados cajistas que ganaban cuatro pesetas y no debían «nada». Y con la desaparición del «capitalista» desaparecerá la eterna división de opiniones entre los de sombra y los de sol, cuando los guardias, con algún pescocón intercalado en el texto, atrapaban al torerillo y le escamoteaban por una de las puertas con la misma habilidad

y rapidez que los antiguos «croppers» introducían por una rajita de la mesa los billetes que los jugadores gananciosos donaban «pour les employés».

El «espontáneo» taurino no ha tenido ni tiene parigal en ninguna otra diversión. Sólo es propio y visto en las corridas de toros. ¿Un «espontáneo» en el teatro? Considerad, por vía de ejemplo, este absurdo: Don Juan, el burlador sevillano, se dispone a recitar los esperados versos «del sofá». Doña Inés, la de Ulloa, con sus diecisiete primaveras, cándida paloma privada de libertad, mas con la suyo de temperamento dentro del cuerpo para enganar a papá, ha bajado ya sus ojos ruborosos dispuesta a escuchar... Y en tal momento, antes de que el Tenorio comience su relato, un espectador del «gallinero» —siempre los «capitalistas» saltan de las localidades baratas—, con prisa, para que no le interrumpen, sin escandir debidamente los versos de la otra orilla del Guadalquivir, dijera:

¡Ah! ¿No es cierto, ángel de amor, que en esta apartada orilla más pura la luna brilla y se respira mejor?

¿Lo toleraría un serio y formal público de teatro? ¿Y toleraría, en una función de ópera, que una «vocalista» cualquiera, desde su butaca, le «madrugase» a la triple anunciada, al cantar el «visi d'arte», de «Tosca»? ¡No, indudablemente!

Como no toleraría tampoco que un «rascatripas» callejero, en un concierto de Jacques Thibaud, pretendiese adelantar las zafiedades de su arco a las prestigiosas del virtuoso consagrado.

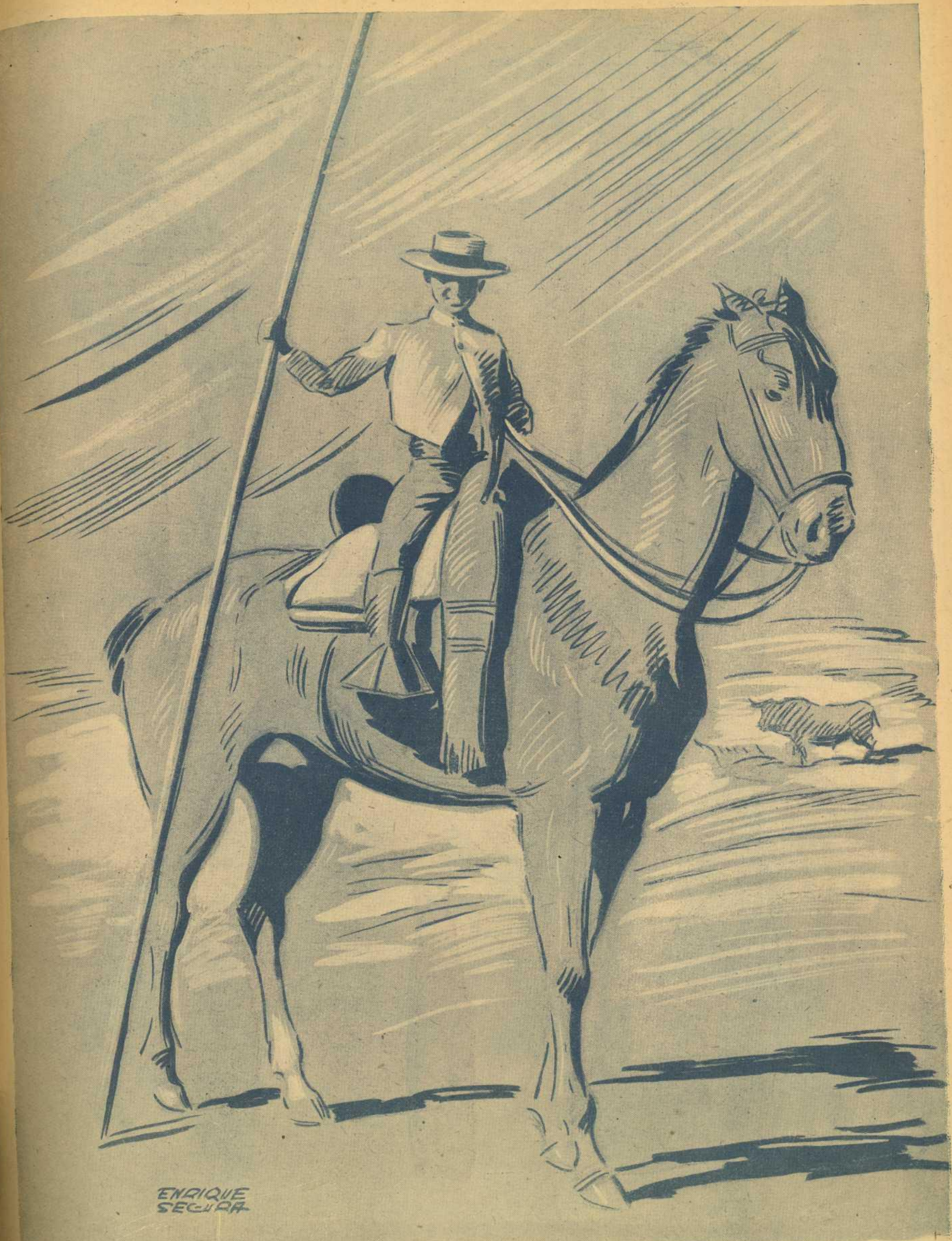
En cambio, en el arte del toreo, en ese arte «que bajó del cielo», en el que trajo entre sus memoriales al Negro, de Churriana, no pocos espectadores alentaban y alientan lo improvisado y toscó del «capitalista» con denuestos para lo perfecto y sujeto a reglas de un gran torero contratado. Con perjuicio para todos, y para el público el primero. Porque siempre se dió el caso de que, con el ir y venir de perseguir y perseguidores y con el acá para allá de un capoteo en desorden, la lidia de un buen toro no ganó nada.

Lloren, si quieren, los apegados a lo pintoresco de ayer con una estampa de pandereta que se va, y que sus lágrimas, en buen hora, hagan compañía a las que ya se derramaron porque los toreros, en su vestir de calle, abandonarían la chaquetilla corta y el calañés, o porque desaparecieron los perros de presa, o porque a un espada, en desgracia y compungido, no se le exhibe la media luna.

¿Es por la manera como ahora se forman los torerillos, acaso por el castigo que se impone de no salir en tantas o cuantas temporadas a los que quisieron lucirse como «espontáneos», por lo que éstos casi han desaparecido? Por lo que sea, ya lo he dicho, el «espontáneo» es un valor en baja.

Pintoresquismo aparte, los aficionados modernos pueden estar satisfechos. Una verruga de la fiesta está a punto de desprenderse.





ENRIQUE
SEGURA

Estampa campera
(Dibujo de Enrique Segura.)



Toreros célebres: Pedro Aixelá Peroy
(Dibujo de Enrique Segura)